

SECBRA

Agradecimientos


Quisiera dar las gracias a mi madre por iniciarme en el amor a la lectura y por mostrarse fascinada con mis primeros intentos de escritura. Gracias a mi padre por haberme contagiado su pasión por la ciencia ficción y por haberme leído enciclopedias como si fuera un juego.

Gracias a Charlotte, por cuestionarme el argumento hasta que me puse seria con su desarrollo. Gracias a la escritora Haimi Snown por ayudarme a pulir esta historia con su sabiduría y por guiarme siempre hacia el camino correcto y a Julia Ortega por su espléndida corrección.

Gracias a Tania por ser la primera en hablar de mis personajes como si existieran. Gracias a Alberto por soportar mis inseguridades y animarme incondicionalmente. Gracias a Irene por proporcionarme inspiración con nuestras largas conversaciones.

Y en especial, gracias a mis lectoras y lectores de Wattpad, cuyas palabras han sido el aliento que me hizo continuar cuando me flaqueaban las fuerzas. Sin ellos, nada de esto hubiera ocurrido.

A mi hermana,
para que nunca se conforme
con vivir una sola vida.



«Cuando infeliz, postrado por el hombre y la suerte,
en mi triste destierro lloro a solas,
y agito al sordo cielo mi grito vano y fuerte,
y, volviendo a mirarme, mi destino maldigo».
William Shakespeare

Prólogo

A millones de kilómetros de la Tierra, rodeada de brillantes cuerpos celestes, se encontraba la estación espacial de Noé. Un lugar construido para albergar vida de la misma forma que en el planeta Tierra.

Ash miró la formidable construcción a través del grueso cristal de su nave espacial. Los arcos blancos del casco exterior no le permitían ver nada más.

—¿Nerviosa? —le preguntó su hermana mientras esperaban la autorización para entrar en Noé.

—No sabría decirte —contestó Ash, tamborileando en los mandos de la nave rítmicamente. Kara depositó su mirada sobre sus pálidas manos y sonrió.

Ash se detuvo al instante.

—No te entiendo. Has pilotado esta nave desde Pentace hasta aquí. ¿Y te asusta conocer a un grupo de muchachos? No le asustaba, le aterraba. Conducir esa nave era fácil. Había aprendido a navegar con catorce años. Pero Ash no tenía ni idea de cómo iba a hacer para enfrentarse a lo que la esperaba en la academia de Noé. Había crecido en Pentace: una base espacial militar en la que solo había soldados y políticos. Por esa razón no había niños ni adolescentes aparte de ella y su hermana, que habían ido a vivir allí con sus padres cuando Ash solo tenía un año. Ahora que había cumplido los dieciséis, la mandaban a Noé, a una academia de portentos informáticos para que aprendiera a relacionarse con gente de su edad.

Era un poco tarde para eso, pensó sintiendo cómo los nervios le recorrían el cuerpo con un punzante cosquilleo.

Durante las últimas dos semanas antes de ir a Noé, se había dedicado a ver películas de institutos y adolescentes para poder documentarse y tener una pista de cómo iba a ser la experiencia. Pero estas no habían hecho más que empeorar sus miedos. Al parecer, la gente de su edad era cruel y elitista. Y allí estaba ella,

una *friki* informática, sin belleza exterior y con conocimientos nulos de cómo comportarse en sociedad. Se la iban a comer con patatas.

Su nave estaba atracada en uno de los puertos de la aduana de Noé, donde todas las que llegaban del exterior eran examinadas.

Dos oficiales entraron en la nave para revisarla y Kara les informó de sus nombres completos para que pudieran comprobar sus identidades.

Tras la inspección, Ash puso la nave en marcha y los oficiales abrieron las compuertas que daban acceso al casco exterior de Noé. La imagen que recibieron a través de la enorme pantalla las dejó mudas de asombro.

Noé era una gigantesca plataforma espacial. Tan grande que solo alcanzaban a ver una pequeña parte de esta. Era totalmente blanca con forma rectangular en la base, pero por arriba una cúpula gigantesca desprendía una luz brillantísima, muy similar a la del mismo sol. Era una auténtica ciudad en el espacio.

—No puedo creer que hayamos esperado tanto tiempo para ver esto —dijo Kara, extasiada.

Su hermana era diez años mayor que ella y había vivido su infancia en la Tierra, por lo que había visto muchas cosas. Pero Ash se había criado en Pentace y no tenía recuerdos de la Tierra. Pentace, con sus luces de recreación solar tan ridículas, y su sobriedad militar era todo lo que conocía.

Las puertas del casco se abrieron, y lo primero que se veía al entrar era un pasillo ancho que hacía las veces de pista de aterrizaje, cuyos lados se utilizaban de aparcamiento, donde había varias mininaves atracadas.

La nave de Ash, una interespacial, era el doble de grande que las demás, lo que atrajo muchas miradas curiosas. Todos allí sabían que ese tipo de nave pertenecía al Gobierno y que estaba diseñada para recorrer largas distancias.

A Ash no le gustaba nada ser el centro de atención. Sabía que aquel viaje no era una buena idea. Acababa de llegar a Noé y ya estaba sintiéndose como un mono de feria.

Continuaron su avance hacia el otro extremo de la galería. La estación estaba llena de gente. A ambos lados de la pista se extendía un raudal de expositores con comida y todo tipo de cosas necesarias para viajar. Cuando estos terminaban, había una especie de cápsula acoplada a la pared de la galería con dos filas de asientos. Letras luminosas se desprendían en el aire delante de esta con el nombre de los destinos. Una voz femenina y suave anunciaba la salida de la siguiente cápsula en tres minutos.

—Antes de coger el áncora necesito ir al servicio —anunció Kara, mirando a su alrededor.

Ash asintió, distraída con la excitación que recorría su cuerpo. Observaba su entorno con un hambre de novedades que acababa de despertarse en su interior.

Vio a un niño de tres años a unos dos metros de ella. Era el primer niño aparte de su propia imagen en el espejo que había visto jamás. Veinticinco años era la edad mínima que se le requería a un soldado destinado en Pentace. El niño le devolvió la mirada y comenzó a sonreír. Ash no pudo evitar corresponderle el gesto, y el padre que lo acompañaba pareció divertido con el flechazo de su hijo.

—Ahí está. ¡Ash!

Escuchó los gritos de Kara a su espalda. Cuando dio la vuelta se encontró a su hermana sujeta por el brazo de dos agentes de la ley.

—¿Qué ocurre?

—Esta persona no tiene identificación —explicó uno de los agentes sin soltarle el brazo a Kara—. Es ilegal no estar identificado.

—Solo es un problema informático con mi perfil de Facebook, ya te lo he dicho —le espetó, irritada—. Mi hermana... ¿Sabes quién es mi hermana?

—No, joven —contestó el agente.

Parecía contenerse para no poner los ojos en blanco, como si Kara le hubiera repetido aquella frase demasiadas veces.

—No sé quién es tu hermana porque no puedo acceder a su perfil. Ese es exactamente el problema.

—Lo siento, agente —intervino Ash al entender el problema—. Nuestro Facebook no está activado porque pertenecemos a la Liga anti-Facebook. Estos son nuestros números de identificación.

Ash intentó no sucumbir ante las miradas que estaba recibiendo. La de los agentes era de incredulidad y sospecha; y la de Kara, asesina.

La agente comprobó en su microordenador los datos de ambas chicas. Miró a su compañero y asintió, un tanto confusa.

—¿Es cierto? —preguntó el hombre, sorprendido.

—Es lo que dice aquí —aseguró su compañera, girando el aparato para que leyera la imagen holográfica.

El agente clavó sus ojos en Kara.

—¿Pertenece a la Liga anti-Facebook y ni siquiera lo sabes? —le preguntó con sospecha.

—Es que soy muy radical en estos temas y me enfado mucho cuando me piden mi Facebook —improvisó Kara, un tanto sonrojada.

Ash rogó en silencio porque eso fuera suficiente para convencer al hombre. Su

compañera le susurró discretamente al oído y eso la puso nerviosa.

—¿Adónde os dirigís?

—A la academia de informáticos de Noé. Mi hermana va a estudiar allí este año. Yo solo voy a acompañarla porque es menor de edad, y regreso mañana a Pentace.

—De acuerdo, podéis seguir con vuestro viaje —concedió el hombre al fin.

Al parecer su compañera había intercedido por ellas. Quedaba claro quién era el poli bueno y quién el poli malo.

Dieron la vuelta y comenzaron a alejarse, un tanto tensas, pero la voz de la mujer las detuvo en seco.

—Un momento —pidió.

«¿Y ahora qué?».

—Aquí dice que no estás esterilizada —comentó la mujer, mirando a Kara—. No puedes entrar en Noé si eres fértil.

—Mire otra vez —le espetó Kara, comenzando a crisparse de nuevo—. Tengo un permiso especial.

—Ningún permiso, por muy corto que sea, permite la entrada en esta ciudad sin estar esterilizada. Una noche es más que suficiente para quedar embarazada.

Kara se cruzó de brazos y la miró con arrogancia.

—No si eres lesbiana —se limitó a decir, con satisfacción, provocando que los agentes intercambiaran una mirada.

La mujer continuó leyendo la información sobre Kara y se encontró con el permiso especial que tanto le había costado conseguir. Tuvo que demostrar su homosexualidad para que, finalmente, se lo otorgaran.

Al fin, los guardias las dejaron en paz y avanzaron hacia la cápsula sorteando gente a su paso.

—Podías haberme avisado de que ibas a inscribirme en el programa de la liga —le reprochó Kara—. ¿Sabes el mal rato que pasé cuando la policía me pidió que me identificara y no pude acceder a mi Facebook?

—Lo siento. No pensé en esa posibilidad —se disculpó—. Y no te dije lo que planeaba hacer porque creí que te negarías a estar incomunicada.

—Por supuesto que iba a negarme. Devuélveme mi Facebook ahora mismo.

Ash apretó los labios.

—Me temo que tendrás que esperar hasta mañana por la mañana, cuando salgas de la academia.

Su hermana puso una expresión de horror que decidió ignorar.

× SECBRA ×

La cápsula estaba formada por dos tiras de cuatro asientos cada una, enfrentadas la una a la otra. Tomaron sillones contiguos de espaldas a la pared a la vez que más gente escogía los suyos. Cuando estuvo llena por sus ocho ocupantes, una voz anunció que las puertas iban a cerrarse y dos cristales translúcidos descendieron a ambos lados como párpados.

—Bienvenidos al áncora Alfa. Con destino a la Academia de Noé, Hospital de Noé y Centro de Noé. Por favor, no se levanten de los asientos. Por su propia seguridad les rogamos que permanezcan sentados durante todo el trayecto.

Ash giró la cabeza para mirar a su hermana. Esta tenía la misma expresión de turista que ella. Se les notaba a leguas que era su primera vez en la ciudad.

La cápsula estaba empotrada en la pared, justo de cara a la estación, pero dio un giro de ciento ochenta grados sobre sí misma, y dentro de la propia pared, que consiguió hacer que su corazón se acelerara un poco.

Ahora se encontraban con un paisaje muy diferente. Ya no estaban en la estación ni a nivel del suelo, sino suspendidos en el aire. Por encima tenían una cubierta, y su cápsula se desplazó hacia abajo para luego ir hacia delante. A los pocos segundos de estar a nivel del suelo salieron de la cubierta al exterior.

Lo que vio a continuación la dejó totalmente muda. El cielo y la luz del sol.

Por supuesto, no era el cielo de verdad. Era uno falso construido por la NASA para lograr que la ciudad de Noé fuera lo más real posible.

—Impresionante —dijo Kara a su lado, sacando a Ash de su ensimismamiento.

—¿Es así, de verdad? —preguntó a su hermana sin poder dejar de mirar hacia arriba—. ¿La Tierra es así?

—Es bastante parecido —aprobó Kara, también fascinada.

Aquel cielo despertó un hambre en Ash que ni ella misma sabía que tuviera. Quería ver más. Quería ir a la Tierra, pero eso no era posible.

Sus padres habían sido reclutados para construir Noé hacía quince años, y se habían trasladado a Pentace entonces. Su padre era experto en bioquímica, por lo que formó parte de la creación de un ecosistema autosuficiente similar al de la Tierra.

Ochenta años atrás, un grupo de personas preocupadas por el estado de contaminación la Tierra crearon «El Proyecto Noé» como plan B y vía de escape por si las cosas se ponían feas.

Noé acabó siendo necesario tras la Tercera Guerra Mundial, que terminó por

destronar el planeta azul.

La madre de Ash era miembro del Servicio de Inteligencia Secreta. Por esa razón vivían en Pentace, que se ocupaba de la protección militar de Noé.

Durante esos años, los padres de Ash decidieron no llevarla a la Tierra, para evitar que su exilio fuera menos sufrido. Si no tenía recuerdos, no echaría de menos al planeta, al contrario de lo que le ocurría a su hermana.

Después, la guerra estalló, y la Tierra se tornó peligrosa. Por esa razón Ash nunca pudo volver. Tampoco había podido visitar Noé. De pequeña, cuando su padre se trasladaba a menudo allí para trabajar en su construcción, los niveles de oxígeno fluctuaban y eran peligrosos para una niña. Durante ese año de funcionamiento tampoco había ido de visita, ya que las normas de la ciudad exigían que toda mujer en edad fértil estuviera sometida a una esterilización transitoria. No había espacio para más habitantes en Noé. Los padres de Ash se negaron a dejarla pasar por el proceso, siendo tan joven. Incluso ahora, con dieciséis años, la operación la había dejado débil y dolorida.

No obstante, ni el postoperatorio, ni la falta de sueño, ni su miedo a enfrentarse a los jóvenes de su edad podían disminuir la felicidad que sentía en esos instantes al contemplar el falso cielo azul y la luz del sol, tan distinta a luz artificial de Pentace. Y aún le quedaba mucho por ver.

SECBRA 1

Se apearon de la cápsula a las puertas de la academia. La fachada del edificio estaba cubierta de vegetación para incrementar la producción de oxígeno. El verde de esta brillaba de forma rabiosa debido a los rayos de sol.

—No pienses que me he olvidado del asunto de Facebook —dijo su hermana, interrumpiendo sus cavilaciones—. No me digas que sigues con la estúpida idea de ocultar tu verdadero nombre.

—No es una idea estúpida —se defendió ella—. Es la única condición que le puse al director de la academia. Por eso, ni tú ni yo podemos tener nuestro Facebook activado aquí. En este lugar mi nombre es Ashling Barrott y no hay más que hablar. El director no ha tenido ningún problema con mi condición.

Kara soltó una risotada.

—Semyon Lozis te hubiera cedido su cama y dado un masaje en los pies si se lo hubieras propuesto como condición.

Lozis era el director de la academia para portentos informáticos de Noé, y

llevaba tiempo rogándole a Ash que se matriculara en su escuela.

—Por favor, Kara. Déjame hacer esto a mi manera.

Su hermana suspiró, dándose por vencida, y avanzó hacia la entrada de la academia.

Las puertas no eran automáticas, respetando el principio de ahorro de energía. Noé era una colonia naturalista, y según los naturalistas, a uno no le costaba nada abrir una puerta, como para malgastar energía utilizando versiones automáticas.

Era pesada y extrañamente cálida por la acción de los rayos de sol sobre la superficie. Su corazón latía con fuerza y notaba cómo la sangre corría por sus venas.

—No te encojas. ¿Aún te duele por la operación o es que quieres esconderte del mundo?

Ash pestañeó e imitó la postura de su hermana, que le había enseñado cómo sacar pecho y levantar la cabeza con un orgullo que no sentía.

—Aunque no quieras compartirlo con nadie más, no olvides nunca quién eres.

—¿Por qué sonríes así? —le preguntó a su hermana, al ver la cara de bobalicona con que la estaba mirando.

—Te voy a echar mucho de menos.

—¿Por qué no te vienes a vivir a Noé? Quizá alguna familia pueda acogerte como estudiante. En la Tierra se hacía, ¿verdad?

Kara sacudió la cabeza.

—No hay sitio para mí en Noé.

—No quieres abandonar Pentace por esa soldado —insinuó Ash, divirtiéndose al ver el sonrojo en las mejillas de su hermana. Uno de los inconvenientes de ser pelirroja.

—No sé de qué estás hablando.

—Vamos, la he visto salir de tu habitación —aseguró—. ¿No tiene una casa en Noé?

Kara pareció mortificada por un segundo.

—Sí. Una casa, y un novio también.

—¡Kara! —protestó Ash, sin poder creer lo que oía.

—Es complicado, ¿vale?

—¿Así que pasa seis meses de permiso en Noé con su novio y seis meses contigo en Pentace?

No daba crédito. Mientras que su vida sentimental era menos que nula: bajo

cero; otras, por ahí, estaban viviendo dobles romances.

—No me juzgues con esa mirada de madre superiora. No sabes lo que es... — se detuvo y de pronto sonrió—. Pero a partir de hoy vas a estar rodeada de muchachos. Veremos cómo de fría te mantienes.

× SECBRA ×

El vestíbulo de la academia era amplio y muy alto. Paredes y columnas blancas sujetaban un techo que solo se extendía por el centro, dejando los laterales ocupados por cristales, que permitían la entrada de la luz del sol ficticio. El recibidor era un eje central del que partían varios pasillos, igual de amplios y luminosos. Y en el lado opuesto a la puerta principal por la que habían entrado, se extendía una hilera de puertas de cristal que daban paso a un jardín.

Ash caminó como una sonámbula hacia el jardín, y Kara no intentó detenerla. Quizá porque entendía que, siendo la primera vez que veía uno, su reunión con el director Lozis podía esperar.

El jardín era lo suficientemente grande como para no poder abarcarlo todo a un golpe de vista. Ash se dispuso a avanzar para recorrerlo cuando sintió algo tocando su pierna. Bajó la mirada, desconcertada, y no pudo evitar soltar un grito de sorpresa cuando vio lo que era. Un gato blanco y delgado que se estaba frotando contra su pierna.

Ash se agachó lentamente y contuvo la respiración para tocarlo. Su mano se paralizó a mitad de camino. Nunca había tocado ni visto a ninguna criatura diferente al ser humano. No sabía cómo sería para el gato el hecho de que ella lo tocara. ¿La mordería?

Sin embargo, el felino, al ver la mano extendida de Ash, movió su cabeza para frotarla contra esta.

—Tábata —gritó una voz, sacándola de su ensimismamiento.

Sin apartarse del gato, miró hacia arriba para ver de dónde provenía la voz. Una chica se acercaba corriendo hacia ellas.

—Tábata, no molestes —dijo la joven y respiró entrecortadamente al pararse delante de ellas—. Lo siento, es muy pesada. Incluso con extraños.

—No importa, es muy bonita —le respondió, volviendo a mirar al animal. El cual, pareciendo entenderla, maulló. El sonido le pareció lo más adorable que había oído en su vida.

—Parece que le gustas —sonrió la chica inclinándose hacia ellas—. ¿Te gustan los felinos?

Miró al gato, que en ese momento frotó su cara contra la palma de su mano,

cerrando los ojos en el proceso, y asintió.

—Soy Zsuzsanna Krasznai, pero llámame Sooz. La pequeña pesada es Tábata.

Ash no sabía a cuál de las dos le iba mejor lo de pequeña, ya que Sooz era aún más bajita que ella. Eso la hubiera reconfortado si no fuera por lo guapa que se veía. Era rubia y su pelo caía en una cascada de rizos sobre su espalda. Iba vestida combinando detalles de su atuendo con complementos del mismo color. Y con prendas que se ajustaban y se ensanchaban en los sitios necesarios para destacar su figura. Su sebra, el pequeño ordenador conectado a su cerebro, que estaba pegado desde su frente a su sien, no era el básico color plata que te instalaban los médicos, como el de Ash, sino que era una combinación de piedras turquesas y blancas que resaltaban sus ojos marrones y combinaban con su maquillaje.

—Ash y Kara —contestó, señalando a su hermana.

Sooz arrugó la frente tal y como Ash esperaba. Sabía que no decir el nombre completo en una presentación, para que la otra persona pueda indagar en tu perfil de Facebook, era una falta de educación.

—Qué nombres tan cortos —dijo Sooz, masticando las palabras con curiosidad.

—Perdona a mi hermana. Se ha criado entre monos —intervino Kara—. Es Kara y Ashling Barrott. Pero no te molestes en buscarnos en Facebook. Somos miembros de la liga.

—¿De la liga? —repitió Sooz. En ese momento Ash supo que no le gustaba de aquella chica: era demasiado curiosa. Tenía cara de periodista.

—La Liga anti-Facebook —le explicó con tono suave, intentando reparar la rudeza anterior.

Sooz abrió los ojos con adoración.

—¡Vaya! Nunca había conocido a nadie de esa liga. ¿Venís a inscribiros?

—Solo yo —sonrió Ash—. Kara regresará a Pentace mañana.

—¿Pentace? —exclamó Sooz, cada vez más excitada—. ¿Vivíais allí?

Ash asintió.

—La sede de la liga está allí.

—¿Y cómo...?

—En realidad, debemos irnos. Tenemos una cita con Lozis —la interrumpió Kara, previendo que la avalancha de preguntas no tendría fin—. ¿Sabes dónde podemos encontrarlo?

—Por supuesto —declaró Sooz—. Os conduciré hasta su despacho.

Se inclinó para dejar que Tábata saltara de sus brazos. La gata se alejó con paso ligero hacia unos arbustos que estaban a unos cinco metros de ellas. Siguiéndola con la mirada, vio que había un grupo de gente detrás de estos. Tábata se acercó al grupo de chicos y se subió en el pecho de uno de ellos, que estaba tumbado sobre la hierba. Llevaba una sudadera negra sin mangas, abierta sobre una camiseta blanca y ajustada, y unos pantalones cortos que descubrían sus rodillas. Empezó a jugar con Tábata, tapándole la cara con su mano. El otro brazo descansaba flexionado detrás de su cabeza.

Apartó la vista con dificultad y se preparó para entrevistarse con el director de la academia. A pesar de haber visto al hombre en Pentace en innumerables ocasiones, siempre la inquietaba entrevistarse con gente con quien no tuviera confianza. Era un sentimiento que le debía a su maldita timidez.

SECBRA 2

—¿Estás segura de que no quieres quedarte hasta el lunes? —le preguntó a su hermana a las cuatro de la mañana, mientras esperaban a que llegara la cápsula.

—A las seis sale una nave para Pentace, y no sé cuándo será la siguiente.

—Salen naves para Pentace con regularidad —aseguró Ash, aunque sabía que no era necesariamente cierto. Se resistía a la idea de dejarla ir. Era la primera vez que se separaban. La primera vez que se quedaba sola.

—Ahora tienes una amiga —dijo Kara adivinando sus pensamientos—. Relaciónate, diviértete, toma el sol.

El áncora llegó y su hermana le dio un rápido abrazo.

—Ten cuidado con los chicos. Ve despacio y no dejes que te presionen para hacer algo que no quieres —le susurró.

—Tranquila, estoy totalmente a salvo. Mírame. Ya has visto a Sooz. Somos Jane y Cheetah.

Su hermana arrugó el entrecejo.

—Espero que esa chica te enseñe a confiar en ti.

Pobre de ella si tenía que coger seguridad en sí misma a través de Barbie Complementos.

—Por cierto, tengo algo para ti —continuó Kara, sacándose un aparato de la pernera—. Es una tatuadora. Dame tu antebrazo.

Ash extendió la mano y su hermana presionó el objeto contra su piel. Después de treinta segundos lo retiró. Unas palabras en negro contrastaban con la blancura

de su piel y el azul de sus venas.

«Si eres una joya extraordinaria, solo un experto puede valorarte. No esperes que cualquier ignorante sepa hacerlo».

—Es de un cuento argentino antiguo —dijo su hermana después de leerlo en voz alta—. El tatuaje está programado para durar seis meses. Espero que no necesites más tiempo para aprender la lección.

Kara le dio un beso en la frente y se apresuró en tomar la cápsula.

Cuando desapareció de su vista, volvió a entrar en el edificio y observó el vestíbulo por un momento, sin poder creer que después de dieciséis años fuera a tener un nuevo hogar.

Se acercó a las puertas de cristal que comunicaban con el jardín, vacío e impregnado de la paz de la mañana. ¿Qué otra oportunidad iba a tener de observarlo detenidamente, sin exponerse ella misma a miradas curiosas?

Deslizó la puerta con cuidado, casi con miedo a emitir un sonido brusco que incomodara el escenario. Avanzó por el camino de piedra, dejando que la paz del momento la inundara. El relajante eco del agua cayendo la impulsó a avanzar, curiosa por descubrir su procedencia.

Continuó por la ruta que a lo lejos enlazaba con otra área de habitaciones, pero se detuvo buscando el sonido del agua. Y entonces divisó la cascada por encima de las copas de los árboles que se extendían a unos cincuenta metros a su derecha.

Pisó la hierba, agachándose para tocarla con ambas manos. Las finas hojas cosquillearon su palma.

Elevó la mirada, intentando abarcarlo todo de un solo golpe, pero sus ojos protestaron por el esfuerzo de mirar tan lejos. Se dio cuenta de que era la primera vez en su vida que miraba más allá de unas paredes.

Redujo la distancia que la separaba de los árboles, parándose delante de uno de ellos, y después se acercó al tronco rugoso y áspero, lleno de surcos e imperfecciones que nunca había imaginado. Pasó la mano por este, despacio, y de alguna manera notó que en su estática versión estaba vivo.

En ese momento le pareció divisar a una persona entre los árboles. Una chica, vestida con una chaqueta roja que facilitaba su visibilidad entre los arbustos. Parecía estar hablando con alguien más. De hecho, si escuchaba con atención, podía oír un murmullo de voces ahogadas por el ruido del agua. Y ella que había creído que a esas horas de un domingo todos dormían.

Avanzó un metro más entre los árboles, encontrándose con una explanada circular rodeada por la vegetación. A la cabeza de la planicie pudo ver la pequeña

cascada que brotaba de una formidable piedra que se insertaba en una especie de invernadero, ligado al edificio principal. El líquido proveniente de la cascada formaba un riachuelo que rodeaba el claro. Seis filas de pupitres daban la cara a la caída de agua y se orientaban a una mesa principal. Era un aula creada al aire libre, en un claro en mitad del bosque.

Volvió a atisbar la chaqueta roja entre los árboles. Recorrió el círculo, oculta entre la vegetación, hasta que empezó a escuchar las voces con más claridad. A diez metros pudo ver, entre las ramas, a la chica, apoyada en un árbol. Otro chico se inclinó sobre ella, apresándola contra el tronco mientras le besaba el cuello. Al hacerlo, algo en su muñeca brilló captando toda la atención de Ash, ya que nunca antes había visto un artefacto así. La chica alzó la mano para acariciar su brazo mientras él la besaba.

Entrecerró los ojos para vislumbrar la escena. No era que le gustara espiar a las parejas, pero aquel brazalete de luces de colores había logrado picar su curiosidad. También la chica lo llevaba, aunque en su caso brillaba con una luz distinta.

Dándose por vencida, comenzó a retroceder por donde había venido hasta que divisó a otro grupo de jóvenes a unos metros de la pareja. Estos se acercaron a la cascada y treparon por la piedra hasta que los perdió de vista.

—¿Perdida?

Su corazón dio tal vuelco que por un instante solo pudo concentrarse en apaciguarlo. Cuando lo logró, dio la vuelta lentamente para encontrarse con un joven que la observaba con los brazos cruzados.

—¿Te has perdido? —repitió él ante su falta de respuesta. La miró de arriba abajo y pareció intrigado y confuso, como si no esperara encontrarse a alguien como ella por allí.

—No —murmuró sin encontrarse la voz. Ahora lo reconocía. Era el chico que jugaba con Tábata la noche anterior—. Solo estaba dando una vuelta.

Él se rascó la barbilla con el pulgar, de forma inconsciente. Como si fuera un gesto que necesitara hacer para pensar con claridad. Pero a Ash le bastó para ver la misteriosa pulsera en su muñeca.

—No quería interrumpir las actividades de tu secta —dijo, a pesar de que el joven no parecía corresponder al perfil de un sectario. Era rubio con el pelo rapado casi al cero en un lateral de su cabeza. La pequeña piedra de su sebra, situada por encima de su sien, marcaba una línea por donde el pelo crecía más largo. Había algo corrupto en sus ojos, o quizá era su boca. Como si guardaran un secreto que podría corromperla en menos de un segundo. Sus labios, incluso

cerrados, mantenían una ligera curvatura como si algo le resultara divertido.

—¿Mi secta?

—Bueno. Un grupo de gente, a las cinco de la mañana, en un bosque, llevando el mismo artefacto —aclaró ella, señalando su pulsera—. ¿Qué clase de persona hace eso?

—¿Qué clase de persona los espía? —inquirió él, mirándola desde arriba con arrogancia.

Ash apretó los labios sin saber qué contestar.

—¿Qué es? —dijo, y señaló su muñeca de nuevo.

Sus labios volvieron a dibujar aquella perversa y casi imperceptible sonrisa que comenzaba a ponerla nerviosa. Se miró la muñeca sin descruzar los brazos.

—¿No sabes lo que es? —su voz denotaba incredulidad, pero sus ojos mostraron cierta diversión.

Ash dio un paso al frente para examinar el aparato más de cerca.

Se trataba de un brazalete ancho que le cubría la muñeca y parte de la mano. No resbalaba suelto por la articulación, como un adorno, sino que se ajustaba a su hueso con un agarre firme. Contaba con una pequeña pantalla por la que, dedujo, salía la luz que había visto antes.

—¿Qué función tiene? —volvió a preguntar al no encontrar nada familiar en él.

El muchacho enarcó los ojos, atravesándola con la mirada como si intentara leerle la mente. Sus ojos oscuros encerraban una fuerza mística.

—¿Cuántos años tienes?

Ash intentó no temblar ante la superioridad de su voz. Era consciente de que su aspecto era deplorable. Llevaba su melena rebelde controlada en un moño sin gracia, y el uniforme de la NASA le quedaba grande: unos pantalones negros anchos y una enorme sudadera negra que le llegaba casi a las rodillas.

—¿Qué tiene que ver eso? —protestó ella, mirando hacia los lados, simplemente incapaz de mantener aquella mirada maquiavélica. Notó el calor del sonrojo extendiéndose por sus mejillas.

«Tranquila, no es tu tipo».

—Porque no sé si puedes soportar la respuesta —se burló y la observó minuciosamente. Se cruzó de brazos de nuevo, con altanería, como si fuera un portero de discoteca. Parecía complacido con su perturbación—. Mejor vuelve a la cama antes de que tu curiosidad sea satisfecha.

Aunque había sido dicho a modo de ultimátum, Ash sintió una reacción poco usual ante una amenaza. Sintió como si sus piernas se hubieran vuelto de

gelatina.

Tenía un programa para colarse en ciertos aparatos y se le ocurrió probarlo en ese momento. Segundos después, estaba dentro. Lo encendió para poder analizar el programa que utilizaba. Al parecer, era uno bastante sencillo y no pudo evitar sentirse decepcionada.

El joven, boquiabierto, se miró la muñeca al ver el artefacto encendido.

—Es un acumulador de energía, ¿verdad? —adivinó ella.

—¿Lo has encendido tú? —marcó cada palabra como si no pudiera creer que algo así fuera posible. Sus ojos la observaban como platos—. ¿Cómo has entrado tan rápido? ¿Con qué programa? ¿Quién eres?

Demasiadas preguntas para su gusto.

—Tengo que irme.

—¿Cómo te llamas? ¿Cómo se llama el programa que has utilizado? —continuó, haciendo caso omiso de su despedida.

Ash suspiró, dándose la vuelta para volver a su habitación.

—Es complicado de usar —se limitó a decir por encima de su hombro mientras se alejaba.

Al parecer, eso fue lo peor que podía haber dicho. El joven se movió con asombrosa rapidez, interponiéndose en su camino. Ash levantó los brazos al chocar contra él con muy poca gracia. Pero en cuanto se recuperó del susto, se dispuso a sortear el obstáculo para proseguir su ruta. Y lo hubiera logrado de no ser porque él la agarró del brazo.

—¿Sabes quién soy, cría? Soy el mejor informático de la academia.

Ash intentó no reír ante la indignación del muchacho porque alguien se hubiera atrevido a insinuar que un programa era demasiado complicado para él.

—Entonces, estoy segura de que conoces uno mejor.

Por un segundo, la expresión semipermanente de autocontrol desapareció de su rostro y Ash intuyó que deseaba estrangularla.

Un silbido les llegó a través del bosque. Parecía provenir de la cascada, o al menos fue allí adonde miró él. Se giró hacia aquella dirección para contestar con otro agudo silbido y Ash aprovechó la oportunidad para aumentar la distancia entre ellos. Tampoco se giró para comprobar si él la seguía, sino que a toda prisa cruzó el jardín en sentido a su habitación.

Aunque sabía que si no la había alcanzado a esas alturas significaba que no la estaba siguiendo, una apremiante ansiedad la hizo recorrer la distancia en tiempo récord. Y no desapareció hasta que ingresó a su habitación.

Se quedó ahí, parada y echada contra el cristal de su puerta durante varios minutos. Se sorprendió a sí misma al darse cuenta de dos cosas: una era que estaba apretando la mandíbula y los puños; y la otra, que estaba observando la parte de su brazo donde la mano de él la había sujetado, como si pudiera encontrar algo fascinante allí.

Sacudió la cabeza, notando que debía de estar muy cansada para comportarse de una forma tan extraña, y emprendió el camino de regreso a su cama. Aquella era toda la cura que necesitaba.

SECBRA 3

Un mensaje de Sooz la despertó horas más tarde, instándola a acudir a su habitación para la excursión que le había prometido el día anterior.

Cuando diez minutos más tarde Ash emergió del cuarto, sintiéndose como un flan a punto de despedazarse, se encontró con una chica cuyo aspecto le hizo aminorar el paso.

La joven permanecía estática frente a la puerta de una de las habitaciones. Le dio la impresión de que llevaba bastante tiempo allí, como si su mente hubiera abandonado su cuerpo.

Parecía un poco más mayor que Ash, pero no tanto como su hermana. Era alta y con una complexión atlética. Llevaba un top blanco y unos pantalones anchos y piratas que le añadían a su fuerte estructura la impresión de agilidad. A pesar del agotamiento que mostraba, y las ojeras que le daban un aspecto enfermizo, su rostro era perfecto. Labios llenos y bien formados, ojos verdes rodeados de espesas pestañas negras, y una nariz ancha, aunque un poco achatada; quizá el único rasgo imperfecto, pero que no lograba mermar su belleza. Sin embargo, lo que más la fascinó fue que tenía la piel morena más bonita que vio nunca. Su pelo negro y brillante estaba recogido en una coleta.

Después de examinarla, Ash miró su propio reflejo en el espejo de la habitación. Pequeña y delicada como una niña de doce años, tan pálida y pelirroja que se preguntó qué clase de broma cósmica había repartido los rasgos físicos de ambas.

—¿Qué hay? —le sonrió, preguntándose si había escogido las palabras adecuadas, dadas las circunstancias.

La chica no reaccionó.

Ash, dubitativa, hizo el ademán de seguir su camino, pero se detuvo de inmediato. Había sangre seca en su frente y gotas de esta en su camiseta. Pero

antes de que pudiera preguntarle si se encontraba bien, la chica se dobló sobre sí misma y vomitó.

Ash miró a su alrededor en busca de ayuda y la calle estaba desierta. Quizá era demasiado temprano para que un domingo los estudiantes se hubieran levantado.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, aun cuando era obvio que no lo estaba.

—Sí, solo estaba vomitando mi desayuno —su gesto se torció en una mueca irónica mientras intentaba incorporarse—. Una mañana normal, como cualquier otra.

—¿Necesitas que llame a alguien? —continuó Ash, sin saber cómo interpretar aquella respuesta.

La chica comenzó a reír de forma patética. Se le habían formado lágrimas en los ojos y parecía desesperada.

—¿Avisar a alguien? —repitió como si le pareciera lo más gracioso, y a la vez lo más triste que hubiera oído jamás.

Justo cuando Ash había perdido la esperanza en la salud mental de la joven, esta pareció forzarse a sí misma a recomponerse y dijo:

—Soy Driamma Sandoval.

—Yo me llamo Ash —le contestó, dudosa.

Driamma la miró de arriba abajo.

—¿Y tú qué has hecho para que te pongan el aparato de control mental? —preguntó con curiosidad.

—¿Cómo dices? —inquirió con cautela, sin saber muy bien si se estaba burlando de ella.

Sin embargo, la sangre seca que asomaba por debajo de su sebra la hizo reconsiderarlo.

—¿Te lo acaban de poner?

Driamma se acercó al espejo de la fachada de la habitación para examinarse la frente. Parecía ser la primera vez que veía su sebra. Porque lo observaba con detenimiento. Tanto el botón de su frente como el cable que lo unía al pequeño interruptor de la sien eran de color plata, aunque tenía pequeñas motas de sangre. Probablemente la sangre de Driamma.

—¿Cuánto hace que te lo pusieron a ti? —preguntó, observando la frente de Ash—. Tiene mucho mejor aspecto que el mío.

—Cuando tenía trece años.

—¿Incluso antes de evacuar la Tierra?

A pesar de su escasa experiencia con gente de la edad de Driamma, logró

reconocer la incredulidad en la chica.

—Dejé la Tierra cuando tenía un año —explicó con paciencia—. Y he vivido en el espacio desde entonces.

Como había esperado, la muchacha abrió la boca y la miró como si fuera un marciano.

—¿En serio? —preguntó—. Entonces... ¿Por qué te pusieron el aparato de control mental a los trece?

—¿Aparato de control mental? ¿Te refieres a mi secbra? —se tocó el dispositivo de la frente para enfatizar a lo que se estaba refiriendo, y evitar que la conversación se tornara aún más extraña.

Driamma la contempló con expresión vacía y ella decidió explicárselo.

—El secbra es un *second brain*, un ordenador personal conectado directamente con tu cerebro. No es un dispositivo de control mental, es un moderno artefacto para tu disfrute personal.

—Pero no dejo de recibir *flashes* e imágenes que no sé de dónde vienen —protestó Driamma, aún escéptica.

—Probablemente lo tengas abierto a información exterior. No te preocupes, aprenderás a usarlo y una vez que lo hagas, te preguntarás cómo pudiste vivir sin él. Además, puedo enseñarte a usarlo —ofreció Ash, contenta por pasar de ser la nueva asustada que no entendía nada a la experta en algo. A fin de cuentas, quizá no hubiera empezado con tan mal pie.

Fantaseaba con esa idea cuando Driamma, soltando un quejido, se agarró la cabeza con ambas manos.

—Quiero que pare —gritó—. No me gusta.

Ash se acercó a ella y depositó su mano sobre el antebrazo de la chica.

—Solo tienes que apagarlo. Es muy fácil.

La chica no le contestó, sino que siguió gimiendo y pidiéndole ayuda. Ash no vio otra alternativa que entrar en su secbra y apagarlo.

En el mismo instante en que lo desconectó, Driamma dejó de quejarse y se irguió con expresión de dolor.

—Lo has apagado tú, ¿verdad?

Ash se planteó la posibilidad de mentir, pero de poco serviría; ella estaba totalmente convencida.

—Gracias, me has salvado —dijo, abrazándola.

—Por favor, no lo comentes con nadie. Me meterías en un lío. Lo he hecho para ayudarte, pero es ilegal colarte en el secbra de otra persona —le pidió—. Tengo

que irme, me esperan.
Nos vemos por ahí.

Driamma la miró como si le horrorizara la idea de separarse de Ash.

—Soy nueva aquí. ¿Podrías enseñarme este lugar?

Ash se sintió sorprendentemente feliz de no ser la única alumna nueva. Sin duda, Driamma atraería todas las miradas curiosas, y ella podría mimetizarse con el entorno. Por esa razón decidió invitarla a la excursión, a pesar de no saber cómo se lo tomaría Sooz.

Emprendieron el camino que, según su secbra, las llevaría hasta el dormitorio de Sooz.

—¿Seguro que te encuentras bien? —repitió al ver que Driamma permanecía callada y con el ceño fruncido—. ¿Te pone nerviosa empezar las clases y que todos los chicos caigan rendidos a tus pies?

Driamma la miró con confusión por unos instantes.

—Lo que me da miedo es lo rápido que se van a dar cuenta de que no pertenezco a este lugar, y me van a mandar de vuelta a... —se detuvo, mortalmente seria—. Ya te habrás dado cuenta de que no sé nada de informática. Ni siquiera sé por qué me han enviado a este lugar.

Ash no quería hacer demasiadas preguntas. Todo el mundo tenía derecho a guardar secretos, pero algo en su rostro la llenó de curiosidad.

—Debe de haber una razón —aseguró, intentando consolarla. Aunque ni ella misma estaba segura de ello. Una persona que ni siquiera sabía lo que era un secbra no tenía nada que hacer en la academia de Noé—. ¿Quién te ha traído?

La chica palideció y echó un vistazo a su alrededor. Había algo paranoico en sus gestos.

—Necesito que me ayudes —le rogó, se paró en seco y la miró directamente a los ojos—. Necesito información. Saber por qué estoy aquí, y en el caso de que se tratara de un error, necesito que me ayudes a quedarme el tiempo suficiente como para encontrar a mi hermano.

—No te preocupes. No van a mandarte de vuelta, después de todas las molestias que se han tomado instalándote un secbra y trayéndote hasta aquí —dijo, aun sin estar segura de a «quiénes» se refería.

Driamma suspiró mirando al horizonte.

—Le he estado dando vueltas toda la noche. Sinceramente, creo que me han confundido con otra persona. Y en cuanto se den cuenta lo subsanarán.

Ash apretó los labios sin saber cómo reconfortarla. Lo que estaba diciendo tenía mucho sentido.

—¿Tu hermano está en Noé? —preguntó al ver que no iba a añadir nada. No podía razonar con tan poca información.

—No lo sé —exhaló, encogiéndose como si algo le doliera.

—¿Le has buscado en...? —comenzó temerosa por la reacción que pudiera desencadenar—. ¿En el *Manifiesto de Supervivientes*?

Driamma se mordió los labios con ansiedad. El *Manifiesto de Supervivientes* era una lista donde figuraba todo aquel que no había muerto en la guerra.

—No está —susurró—. No es lo que piensas —dijo, pareciendo leer la compasión en su rostro—. Yo tampoco estoy en ese documento, y como puedes ver estoy bien viva.

Un escalofrío recorrió su espalda como cuando veía una película de terror con su hermana.

—¿Qué? —exclamó con voz temblorosa—. ¿Cómo no vas a estar en el *Manifiesto*? Todos figuramos en él.

Driamma sonrió con tristeza mientras negaba con la cabeza.

—Te aseguro que conozco a mucha gente que no está en esa lista.

Ash notó cómo su piel se erizaba.

—No debería estar contándote nada de esto —susurró Driamma, mirando a su alrededor de nuevo. Y como si eso fuera a salvarla de esas personas a las que temía, reanudó el paso con celeridad.

Ash, comenzando a sentirse paranoica ella misma, la siguió y entonces divisó al rubio del bosque en un balcón.

Forcejeaba con alguien que permanecía oculto en el interior de la habitación. El navegador de su sebra indicaba que se trataba de la habitación de Sooz. Ahora entendía por qué Tábata había ido directamente a él el día anterior en el jardín. Debido a la estrecha relación que guardaba con su dueña.

—¿Es ahí? —preguntó Driamma, siguiendo su mirada.

Ash asintió.

—Parece que llegamos en mal momento.

Ambos jóvenes habían desaparecido de la terraza, ocultos en la habitación, por lo que no se atrevieron a interrumpir.

—¿Pero qué es esto? —exclamó Driamma con un tono tan animado que logró sacar a Ash de la perturbadora dirección que estaban tomando sus pensamientos al imaginarse qué estaría pasando dentro de aquel lugar.

Driamma contemplaba el suelo donde se encontraba Tábata. Ambas se inclinaron para acariciar a la gata, que maulló adorando las atenciones.

—Es la gata de Sooz, la chica que va a llevarnos de excursión por los alrededores —explicó—. Se llama Tábata.

Con los aires de grandeza que caracterizan a los gatos, Tábata, aburrida de ellas, avanzó hasta el umbral de Sooz, donde se sentó y comenzó a lloriquear con parsimonia.

La siguieron hasta la puerta, donde Ash se entregó a la tentación de sostener al animal en sus brazos. Pero cuando se agachó para asirla, la puerta se abrió y pudo ver unas piernas masculinas que se pararon en seco al encontrárselas.

Reconoció los pantalones negros antes de atreverse a elevar la mirada. Y cuando se irguió, notó que sus mejillas ardían en llamas al encontrarse con una profunda mirada que inspeccionó lo más hondo de ella con una fuerza abrumadora. La intensidad desapareció muy rápido, siendo reemplazada por una expresión de indiferencia mezclada con una pizca de aburrimiento.

—Si estáis buscando a Sooz, está arriba —indicó él con tono neutro y se marchó.

Al verlo alejarse, Tábata saltó de los brazos de Ash y trotó tras él.

«Traidora», pensó Ash.

—Interesante espécimen —recalcó Driamma con un tono cargado, mientras lo seguía con la mirada.

«Estaba rodeada de traidoras».

× SECBRA ×

Cuando entraron en el salón, Sooz estaba colocando en el sofá las almohadas que estaban desperdigadas por el suelo. Tenía el pelo revuelto y estaba sonrojada.

—Perdona si te hemos interrumpido —dijo Driamma, sonriendo con malicia.

Ash la miró, sorprendida. No la conocía de nada y se atrevía a hacer un comentario tan personal. Ella se hubiera muerto de vergüenza al decir algo así.

—¿Cómo dices? —la confusión de Sooz les indicó que no tenía ni idea de que habían visto a su novio saliendo de su habitación.

Acto seguido presentó a las chicas, recordando ser sociable.

—Zsuzsanna Krasznai —especificó Sooz para que Driamma pudiera localizar su perfil de Facebook. Y luego la miró con expectación, esperando lo mismo por su parte.

—Driamma Sandoval.

Ash vio cómo las pupilas de Sooz se endurecían. No había perdido ni un segundo en buscar a la chica, y ahora mismo estaba analizando su perfil.

—¿De dónde es tu nombre? —preguntó Driamma con curiosidad.

Sooz, volviendo a la realidad, arrugó el entrecejo.

—¿No me has encontrado en Facebook?

—El sebra de Driamma está apagado —intervino Ash—. No ha podido buscar tu perfil.

—¿Apagado? —exclamó con incredulidad.

Esa chica mostraba verdadera adoración por todas las cosas que se salían de la norma. Quizá por eso estaba allí, con ellas, en un domingo, en lugar de estar con sus amigos de la academia.

Ash dudó sobre qué respuesta dar y miró a Driamma con expectación.

—Está apagado porque no sé usarlo —confesó esta con dureza.

—Vaya —dijo Sooz—. Bueno, estás en el lugar ideal para aprender.

La respuesta pareció satisfacer a Driamma y la habitación se sumió en el silencio durante varios segundos.

—Bueno y... ¿cuáles son los planes para hoy? —preguntó Ash, demasiado tensa como para soportar silencios incómodos—. ¿Crees que habrá alguna manera de acceder a la matrícula de Driamma?

Sooz la miró, desconcertada. Primero a ella y después, a Driamma.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Simplemente queremos comprobarla —explicó, encogiéndose de hombros para mitigar la sensación de intriga.

—Hay un microordenador en la recepción, desde el que se puede acceder a todas las matrículas —le aseguró.

× SECBRA ×

Por suerte la recepción estaba vacía y el microordenador disponible. Sooz lo conectó y la proyección de la imagen tembló dos veces antes de definirse delante de ellas.

En menos de diez segundos había encontrado el fichero con las matrículas del alumnado. Seleccionó el nombre de Driamma.

—Aquí hay algo mal —les informó, girándose para mirarlas—. Historia, Economía del Nuevo Mundo, Lengua Inglesa y Educación Medioambiental. Tiene que haber un error, no tienes ni una sola asignatura técnica.

Ash y Driamma intercambiaron una mirada de complicidad.

—No soy informática —exclamó Driamma. Las profundas ojeras, más pronunciadas que nunca.

Sooz la miró como si le hubiera crecido una segunda cabeza.

—¿Cómo que no eres informática?

—Esto es bueno, Driamma —aseguró Ash, animada.

La chica la contempló con recelo.

—Piénsalo. Significa que la escuela está al corriente de tus habilidades. No se trata de un error ni te han confundido con otra persona.

—Esto nunca había ocurrido antes —dijo Sooz—. ¿Quién te envía?

Driamma se mordió los labios, un tanto nerviosa. Claramente la persona que la había enviado allí le había ordenado que mantuviera la boca cerrada.

—Tus padres habrán tenido que pagar mucho por conseguir que entraras aquí sin ser informática —continuó Sooz, sin percatarse de su desasosiego.

—Nadie ha pagado ni un solo nar por mí —masculló Driamma entre dientes.

—Imposible. Esta es la escuela más cara de Noé. Y es exclusivamente para informáticos.

—Seguro que hay una explicación... —interrumpió Ash al ver el efecto que esas palabras estaban obrando en Driamma.

—La única explicación es que han pagado una considerable suma para...

—Es curioso que deduzcas que tengo padres, rubita —escupió Driamma con un tono mucho más agresivo—. ¿Es que ricitos de oro aún tiene a papá y a mamá? ¿Y hermanitos? Incluso conserva a su gatito... Ricitos de oro no ha perdido nada en la guerra. Por eso, ni se le pasa por la cabeza que alguien esté totalmente solo. Pero lo estoy, ¿entiendes? No hay nadie en el mundo de los vivos que esté dispuesto a pagar ni medio nar por mi trasero. No. Sigas. Insistiendo.

La amenaza implícita en la última frase logró que el corazón de Ash comenzara a bombear un poco más deprisa. Había presenciado pocas disputas en su vida.

Pero, por alguna extraña razón, Sooz no pareció amilanarse en lo más mínimo. Se cruzó de brazos, sosteniéndole la mirada a la diez centímetros más alta y atlética Driamma sin siquiera pestañear más de lo necesario.

—Siento que hayas perdido tanto en la guerra —se disculpó sin achantarse—. Pero déjame corregirte en algo: aún queda alguien en el mundo de los vivos dispuesto a pagar más nares de los que puedes llegar a entender, en traer tu culo a la mejor institución de Noé y en agujerearte la cabeza. Te sugiero que te relajes y empieces a pensar quién puede ser.

Un brillo inundó los ojos de Driamma. Quizá la declaración de Sooz le había traído a su hermano a la cabeza. Sus facciones se relajaron por completo.

—¿Hay alguien en la academia que pueda arrojar más luz a su situación? —preguntó entonces—. ¿El director Lozis quizá?

Sooz arrugó los labios con disgusto.

—Lozis es un pesado, me niego a verlo un domingo —se limitó a decir. Se volvió a la imagen holográfica y comenzó a rebuscar información—. ¡Bingo!

—¿Qué? ¿Explica por qué estoy aquí? —preguntó Driamma esperanzada.

—No, pero hay una nota que dice: «Enviar a la alumna a hablar con Tesk inmediatamente tras su llegada».

—¿Quién es Tesk? —se interesó Ash, leyendo la esquina inferior de la imagen holográfica—. También dice que tiene tutorías privadas con él.

—Tesk es el profesor de Educación Medioambiental —explicó, y sus ojos se fijaron en un punto del horizonte como si estuviera buscando algo en su secbra—. Y está en su despacho ahora mismo.

Era rápida manejando su secbra. Ash tenía que reconocerlo.

—¡Qué extraño! Aquí hay una matrícula sin nombre —la oyó decir a su espalda—. Debe de ser la tuya, Ash.

Su corazón se aceleró y, en menos de un segundo, se colocó entre Sooz y la imagen holográfica.

—Tenemos que irnos —indicó, agitada.

Sooz la miró ceñuda y azorada ante su repentino comportamiento.

—Quiero decir que tenemos que hablar con Tesk cuanto antes.

—Los despachos están al final de ese pasillo —dijo al fin, alejándose del ordenador.

Ash se quedó atrás un segundo para apagar el microordenador y vio que la matrícula sin nombre, la suya, brillaba seleccionada. Lo que significaba que Sooz había clicado sobre ella una vez. Suspiró, aliviada. Un toque más y se hubiera abierto. No podía permitir que algo así pasara. Más tarde volvería al microordenador para borrarlo, y tendría una seria charla con Lozis sobre la precaria privacidad de los datos en su academia.

SECBRA 4

Sooz las condujo por la zona de los despachos hasta una sala general, destinada para los profesores. A través de una rendija entre la puerta y el marco divisaron parte de una enorme mesa oval. La sala era luminosa, con ventanales

que ocupaban toda la pared del fondo, pero en esos momentos estaban parcialmente cubiertos por persianas blancas.

Zsuzsanna Krasznai empujó la puerta sin molestarse en anunciar su llegada. Un hombre de unos cuarenta y tantos, de piel morena y pelo canoso, estaba sentado en una de las mesas y no se percató de su presencia porque estaba concentrado en una mujer rubia que descansaba inclinada sobre la suya. Parecían estar compartiendo algún secreto, por la cercanía de sus rostros.

Sooz se volvió para señalar a los dos profesores con un movimiento de cabeza.

—Parece que los rumores son ciertos —susurró con malicia.

En ese momento la mujer se dio cuenta de la presencia de las chicas. Elevó el tono y haciéndolo más profesional se despidió de él, y después de saludarlas, salió de la habitación.

El hombre estaba tan pálido como si las creyera muertas y resucitadas en forma de fantasmas.

—Tesk, esta es Driamma Sandoval.

Él se levantó de golpe y balbuceó algo que sonaba como «acompañadme a mi despacho». Les señaló una de las varias puertas que cubrían la pared derecha de la sala y avanzó para abrirla.

La estancia era agradable, arquitectónicamente similar a la de Lozis; sin embargo, mientras la del director contaba con un ligero desorden, esta lucía muy bien organizada. Una amplia ventana que daba al jardín iluminaba el cuarto sin necesidad de luz artificial.

—Driamma llegó a la academia anoche y...

—¿Ayer? —exclamó Tesk, girándose de golpe y tirando una taza de té frío que descansaba sobre su escritorio. Se apresuró a recoger la bebida derramada con una pala de líquidos que sacó de uno de sus cajones.

Ash miró a Sooz, preguntándose si esa era la actitud normal del hombre, pero esta última lo observaba con el entrecejo fruncido.

—No la esperábamos hasta esta tarde —explicó, forzando una sonrisa.

—Pues ya está aquí, pero no entiende muy bien por qué. Y ella es Ash —se limitó a decir, quizá vengándose por la forma en que se había presentado el día anterior.

Tesk la miró por primera vez, como si el resto del tiempo ella hubiera sido invisible para él.

—¡Claro! —exclamó animado—. Tú eres...

—Ashling Barrott —espetó, confundiendo al hombre y enrojando bajo su

mirada.

Era muy atractivo. Las ligeras arrugas de expresión no habían hecho mal alguno; de hecho, era posible que le hubieran dado más encanto del que tenía en su juventud.

Tan pronto como acabaron las presentaciones, el profesor volvió a posar su extasiada mirada sobre la bella Driamma.

—¿Os importaría dejarme un momento a solas con Sandoval? —pidió sin prestarles atención.

Sooz miró a Ash, decepcionada, y luego a Driamma, indicándole con la mirada que quería todos los detalles más tarde, y se levantó para salir del despacho.

—Preferiría que se quedaran —intervino Driamma.

Tesk sopesó la idea por un instante, para luego acceder ante lo inevitable.

—Qué unidas estáis en tan poco tiempo —dijo con cierto tono de mofa, pero pareció extrañamente complacido con ello.

A Driamma no le gustó el comentario, la hizo sentirse estúpida. Ella no era una niña que hacía amigas inseparables de la nada. Pero ya era tarde para retractarse.

—Supongo que te habrás preguntado por qué te han traído aquí.

Driamma asintió, demasiado tensa para decir nada.

—Tengo entendido que el español es tu lengua materna —continuó Tesk y la cogió totalmente por sorpresa. Había barajado varias posibilidades, pero ninguna de ellas tenía que ver con el español. Si lo que necesitaban era a alguien que hablara español, lo único que tenían que hacer era dar una patada a una piedra y aparecerían miles. Sin ir más lejos, apostaba a que la mitad de la población de Noé lo hablaba en alguna medida. Era una de las lenguas más extendidas antes de la destrucción de la Tierra.

—El caso es que necesitamos tus conocimientos. Y a cambio, tienes la oportunidad de estudiar y vivir aquí —se detuvo, observándola con intensidad como si esperara alguna reacción por su parte. No obstante, ella guardó silencio, limitándose a cruzar los brazos sobre el pecho y enarcar una ceja.

—Por supuesto, si no te gusta el trato puedes decidir volver a... —se detuvo por un instante, echando un rápido vistazo a las otras dos chicas—. A tu lugar de procedencia. Sin embargo, teniendo en cuenta que eras una muy buena estudiante allí, creo que deberías aprovechar la oportunidad de formarte en la academia, ya que es la mejor escuela de la nación y te podría abrir muchas puertas.

Driamma se mordió el labio con nerviosismo.

—Obviamente prefiero quedarme aquí —contestó—. Pero no tengo dinero para pagar mi matrícula en este lugar —acentuó, casi arrepintiéndose de decirlo. Prefería dejarlo claro desde el principio a enfrentarse a cobros futuros.

—Tenemos constancia de ello —la tranquilizó—. Pagarías tu matrícula con tus servicios a la institución. Tu inscripción, tu estancia aquí, y las tutorías diarias conmigo, donde aprenderías todos los conceptos básicos de la informática.

—¿Aprendería a usar mi sebra? —preguntó entre entusiasmada e incrédula.

Tesk le sonrió abiertamente y asintió.

—¿Y cuáles serían esos servicios con exactitud? —inquirió Sooz con la mirada clavada en Tesk.

La expresión del profesor se tornó seria y se miró los dedos que jugaban con un microordenador. Parecía estar librando una batalla interior.

—¿Profesor? —insistió la muchacha con impaciencia.

Tesk suspiró, observándolas por un instante.

—Esta información todavía no ha sido revelada al cuerpo estudiantil, y es un código verde —advirtió.

Driamma se volvió hacia Sooz, preguntándose qué significaría eso. La chica había abierto los ojos con entusiasmo al escucharlo.

—Un código verde quiere decir que es información que no puede llegar a los civiles —resumió Sooz—. Adelante, guardaremos el secreto.

El hombre la observó sin mucha confianza, pero acabó por resignarse.

—De todas formas, no creo que falte mucho para que se haga oficialmente público. Además, opino que será una buena propaganda para realimentar las esperanzas.

Sooz se había inclinado sobre la mesa para no perderse ni una sola palabra.

—Hemos recibido un mensaje procedente de la Tierra —explicó Tesk al fin, marcando las palabras con cuidado.

—¿Un mensaje del enemigo? —exclamó Sooz.

—Tenemos razones para pensar que los remitentes pueden ser aliados nuestros.

—¿Qué? —gritó la chica y pasó rápidamente de la incredulidad a la sospecha—. Pero ¿cómo? ¿Cómo sabéis que no son espías haciéndose pasar por los nuestros?

Driamma quería decir algo, pero estaba demasiado impactada para articular palabra. No entendía por qué Sooz no hacía las preguntas correctas, como, por ejemplo: ¿cómo era posible que hubiera alguien vivo en la Tierra si era

inhabitable? Tampoco entendía por qué había preguntado si eran del enemigo, ¿acaso no sabía que estaban todos muertos?

—La frecuencia y la forma del código en que ha sido enviado es una clave militar de nuestro bando, la cual, en principio, no tenemos razones para pensar que haya sido pirateada por el enemigo.

—¿Cómo pueden estar tan seguros? —continuó Sooz, escéptica—. Un paso en falso puede acabar en la destrucción de Noé. Y entonces, ¿adónde iremos? No existe un plan C. No podemos arriesgarnos.

—Es muy posible que sean espías progresistas. Pentace tiene eso claro, Sooz —razonó él, una vez que logró recomponerse—. Pero también existe la posibilidad de que sean de los nuestros, así que merece la pena intentar llegar al fondo de esta cuestión.

—¿De qué demonios estáis hablando? —gritó Driamma, enmudeciendo a Tesk de inmediato. Los tres la miraron con atención.

Ahora que había logrado salir de su estado de estupor y confusión, y había conseguido su total atención, podría descubrir de qué trataba todo aquello.

—¿Por qué decís que habéis recibido un mensaje de la Tierra cuando ese planeta está destruido y es inhabitable?

Examinó las tres caras que tenía delante, y no podía creer lo que veía. Los tres la observaban como si se hubiera vuelto loca.

—¿De dónde has sacado esa idea? —preguntó Tesk con suavidad.

—Ya sabes de dónde —le espetó. Cada día se lo recordaban en Friarton. Y entonces notó cómo un nudo le cerraba la garganta—. ¿No es cierto?

—La Tierra salió mal parada de la guerra, pero nunca ha dejado de ser habitable.

—¿Y por qué estamos aquí? ¿Por qué huimos al espacio? —exclamó con una voz extraña. Sentía tantas cosas a la vez que no lograba concentrarse.

—La Tierra está bajo el mando del enemigo. No ganamos la guerra, Driamma; la perdimos. Si intentáramos regresar, nos eliminarían tan pronto como cruzáramos su escudo protector.

Se dejó caer sobre la silla, apoyando la cabeza entre las manos. Sentía cómo la habitación daba vueltas a su alrededor, pero si mantenía la cabeza allí y los ojos cerrados esperaba no desmayarse. Se obligó a sí misma a parar el tren de pensamientos y dejar la mente en blanco hasta recuperarse.

—¡Nos han echado de la Tierra! ¿Vosotras ya lo sabíais? —farfulló, notando al hablar que estaba llorando—. No tenéis ni idea de las historias que nos han contado.

—¿De dónde vienes? Todo el mundo en Noé sabe eso —aclaró Sooz.

—Vengo de un lugar muy diferente a Noé. Tanto que, si hubiéramos sabido que la Tierra aún es habitable, nos hubiéramos quedado allí, aunque significara unirnos a los progresistas.

—No puedes hablar en serio —dijo Sooz, con manifiesta indignación.

Driamma respiró profundamente antes de responder.

—Es muy fácil mantenerse fiel a tu facción política viviendo en un lugar como este —se limitó a decir. Decidió no dar más explicaciones sobre Friarton y el sufrimiento que había supuesto para ella sobrevivir un año en aquel lugar. En cambio, se dispuso a hacer la pregunta que le estaba atravesando el alma.

—Si aún quedan supervivientes en la Tierra... Entonces, ¿cómo puedo localizar a mi familia?

La expresión en los ojos de Tesk le puso la piel de gallina.

—¿Cómo puedes saberlo? —susurró, entendiendo por sus ojos lo que sus labios no se habían atrevido a decir—. No puedes saber cuántos de los nuestros quedan.

—Driamma, tú no eres la única que ha perdido a gente amada en esta guerra. Todo está más que investigado.

—Pero ¿y ese mensaje?

—Lo más probable es que sea una trampa progresista para descubrir nuestro paradero. Llevan un año buscándonos por el espacio. Es prácticamente imposible que queden naturalistas en la Tierra.

—Yo tampoco me lo creo —recalcó Sooz—. Es obvio que se trata de una trampa.

—Podrían ser muchas cosas: un mensaje antiguo, espías progresistas, un renegado... —Tesk se encogió de hombros, dando a entender que aún quedaba mucho que investigar—. El caso es que el mensaje está en español. Y por eso estás aquí. Creemos que es importante que los alumnos reciban una formación en lengua española lo más rápido posible. Solo por si acaso.

—¿Por qué? —preguntó Driamma, sin entender qué relación guardaban ambas cosas.

—Si el mensaje resulta ser real, ese aliado puede ayudarnos a entrar en la Tierra de nuevo. Y si una expedición así se organizara, los mejores alumnos de esta academia estarían en ella, y es conveniente que puedan comunicarse en español con los aliados.

—¿Tú no hablabas español, Tesk? —inquirió Sooz, pensativa.

—No lo suficientemente bien —replicó de forma un tanto cortante—. Además, tengo demasiadas obligaciones como para ocuparme de otra clase.

Sooz parpadeó varias veces.

—Supongo que ahora que está todo aclarado, te sentirás más tranquila. Y estoy seguro de que en un par de días estarás totalmente acostumbrada a tu nueva situación.

«¿Cómo no estarlo?», pensó. Aún no se creía la suerte que había tenido. Que la seleccionaran a ella para hacer aquel trabajo, para vivir y estudiar en un lugar tan elitista. Para tener un ordenador conectado a su cerebro que solo poseían unos pocos. Le tomaría meses creer que todo aquello no tenía, como el encantamiento de la Cenicienta, fecha de caducidad.

Además, desde Noé, y con los privilegios de sus habitantes, le sería mucho más sencillo rastrear a su hermano.

Driamma observó a Tesk con intensidad por un instante. Había algo en él que la hacía querer confiar a ciegas. Un sentimiento que creía haber desterrado para siempre de su vida.

—¿Qué planes tenéis para hoy? —le oyó preguntar.

—Tenía pensado enseñarles el terreno que colinda con el perímetro de la academia —contestó Sooz, con un halo de misterio.

Tesk sonrió, complacido con la idea.

Driamma suspiró y se mordió el labio con ansiedad, sin saber bien cómo comenzar.

—Me preguntaba si me puedes ayudar a encontrar a una persona —soltó al fin, retorciéndose las manos.

Tesk frunció el entrecejo, confundido.

—¿Algún amigo?

—Su nombre es Bronte Ponce —concretó ella.

Él la contempló de una forma un tanto extraña. Después, pestañeó varias veces y se miró las manos; gesto, al parecer, habitual en el hombre.

—¿Es tu novio? —preguntó sin posar los ojos sobre ella.

—Es mi hermano —lo corrigió—. Su nombre no figura en el *Manifiesto de Supervivientes*, pero tengo razones para creer que hay supervivientes que no están en él —dijo, echando una mirada de soslayo a las chicas.

—¿Cómo? —exclamó Sooz.

—Lo sé —le aseguró sin hacer caso a la curiosa muchacha. La observó con tal intensidad que supo al instante que él estaba al corriente de que ella tampoco

figuraba en el *Manifiesto*.

—Tal vez tú, que tienes más contactos, puedas buscarle para mí —rogó ella con tal desesperación que el hombre enrojeció.

—Si doy con algún tipo de información, te lo haré saber —musitó, como el que promete sin intención de cumplirlo.

Driamma suspiró. Estaba aburriendo al hombre, que ya había sentenciado el caso como perdido. Sin duda, iba a tener que utilizar otros medios.



«La vida es un negocio en el que no se obtiene una ganancia que no vaya acompañada de una pérdida.».

Arturo Graf

SECBRA 5

Sooz las guio por el mismo camino que Ash había seguido esa mañana. Solo que a esa hora todo lucía distinto a la madrugada. Parecía mucho más vivo y activo, y se preguntó si se debía a la intensidad del sol. Cruzaron el bosque hasta la cascada, confirmando sus sospechas de que aquello era el aula donde se impartían las clases. Era justo lo que necesitaba para no desperdiciar tantas horas en el interior de un salón. Les era posible porque en Noé nunca llovía, ni hacía frío, ni demasiado calor. Además, el sol del mediodía no les molestaría, ya que los pupitres estaban prácticamente cobijados por la sombra de los árboles que los rodeaban, y la caída de agua refrescaba el ambiente.

Continuaron avanzando hasta pasar la cascada. Después de esta, lo único que alcanzaba la vista era más campo, kilómetros de este parecían extenderse hacia el horizonte.

—¿Adónde vamos? —inquirió Driamma al ver que después de diez minutos andando, nada aparecía en la lejanía.

—A dar un paseo —contestó Sooz—. Me imagino que Ash no habrá dado uno en su vida.

—Mi hermana y yo solíamos pasear por Pentace, visitando las distintas zonas para matar el tiempo y estirar las piernas —explicó—. Pero aquí es completamente distinto. ¿Todo esto pertenece a la academia? —preguntó, volviendo la vista atrás. El edificio no era más que una mancha en el horizonte.

—No —aclaró Sooz, oteando la sombra de un bosque en la lejanía—. Ya no estamos en la academia.

Caminaron un poco más, tomándose su tiempo para disfrutar del paisaje. Podían divisar con más claridad el grupo de árboles que se amontonaban en el horizonte.

—¿Qué es eso? —exclamó Ash, frunciendo el ceño—. Ese temblor en el suelo. ¿No lo notáis?

Era algo casi inexistente, pero que se hacía cada vez más fuerte. Miró a Sooz, turbada, y entonces la vio esbozar una sonrisa. Ahora el estremecimiento del suelo se transformó en ruido, algo chocando contra la superficie de forma unísona y cada vez más próxima. Driamma parecía tan confusa como ella. Ambas clavaron sus ojos interrogantes en Sooz. Pero esta se limitó a sonreír con una expresión satisfecha.

—Parece que vamos a estar de suerte —dijo, y con tono solemne añadió—: Bienvenidas al Arca de Noé.

Lo que apareció delante de su vista respondió a todas las preguntas. Una manada de unos veinte caballos surgió de detrás de los árboles, trotando a toda velocidad.

Boquiabierta, escuchó el grito de incredulidad de Driamma a su lado. ¿O había sido ella misma?

De lo que sí estaba segura, era de que sus ojos estaban empapados.

—No es posible —Driamma negó con la cabeza, llevándose la mano a la boca—. No es posible, se extinguieron.

—Consiguieron salvar a unos pocos —respondió Sooz, despacio—. Antes de que desaparecieran por completo, transportaron varios ejemplares al arca.

Driamma se acercó despacio a uno de los caballos que se había detenido a pocos metros de ellas. Cuando hizo el ademán de tocarlo, el animal relinchó y retrocedió.

—¿Cuánto tiempo lleva este sitio aquí?

Dos de los caballos se habían acercado a ellas. Uno era completamente negro y brillante, y el otro marrón con la cola y las patas blancas. Sooz acarició el flanco del caballo marrón.

—El proyecto Noé empezó hace noventa años.

El caballo negro, que se había encabritado segundos antes, se acercó a Ash y la dejó totalmente paralizada. Estaba impactada por la magnitud del animal. Ya los había visto en grabaciones, pero contemplarlos en persona y tan de cerca, era algo muy distinto. Podía observar detalles del animal: como la textura del pelaje, el

músculo tensado que unía el cuello con las patas, la fuerza con la que respiraba, el olor que desprendía. Era lo más real que había presenciado en su vida.

—¿Qué les ocurrió en la Tierra? —preguntó, sin atreverse a tocarlo aún.

—La humanidad —respondió Driamma quedamente, mientras acariciaba al caballo de Sooz—. ¿Podemos montar?

—No, no está permitido.

—¿Por qué no?

—Atenta contra nuestro principio naturalista de «No uso de animales».

—Pero ¿ni siquiera podemos montar para divertirnos?

Sooz se cruzó de brazos, observándolas con cierta reprobación, como si le disgustara que estuvieran tan poco educadas en los principios naturalistas.

—No. Si te diviertes, alguien ve en esa diversión una oportunidad de negocio. El lucro lleva a la codicia, y esta a la explotación. Porque el ser humano es incapaz de respetar el ciclo natural de los animales, y del planeta en general.

En ese momento uno de los caballos pareció desarrollar una fijación por Driamma. Empezó a acercarse a ella, primero despacio, y después de forma apremiante. Se asustó por la envergadura del animal y retrocedió sin mirar. Se tropezó con Ash y cayó al suelo.

—¿Queréis que os dejemos solos? —bromeó Sooz, extendiéndole la mano para ayudarla a levantarse. Las tres escucharon el sonido inequívoco de una tela al rasgarse.

Driamma se quedó paralizada por un momento, después giró el tronco para comprobar su trasero.

—¡Mierda! —exclamó disgustada.

El ruido había sido el pantalón de Driamma, rompiéndose a la altura de sus nalgas y dejando sus posaderas al descubierto. Al menos, el caballo pareció cansarse de ella y se dirigió hacia donde estaban los demás.

—¿Qué voy a hacer ahora?

Sooz se encogió de hombros.

—Lo superarás, esa relación no te convenía.

—Ja —dijo Driamma sin pizca de diversión—. Me refiero a que estoy medio desnuda.

—No entres en pánico. Volvemos a la academia y te cambias.

—Primero: esto es lo único que tengo —protestó ella, malhumorada—. Segundo: ¿cómo voy a llegar hasta allí en este estado?

Sooz la observó por un instante, evaluando la situación. Después miró a Ash con los ojos entornados.

—Tu sudadera es lo suficientemente larga como para cubrirla.

Ash, sin pensarlo dos veces, se la sacó por encima de la cabeza y se la pasó.

Driamma la vistió y les dio la espalda para que lo corroboraran.

—Problema solucionado.

—¿Qué voy a hacer? No tengo ni una sola prenda de ropa aparte de estos pantalones rotos y la camiseta manchada de sangre.

—¿No se te ocurrió hacer las maletas antes de venir?

La joven apretó la mandíbula.

—No me dieron la oportunidad.

La curiosidad brilló en los ojos de Sooz.

—Tenemos que ir a la ciudad, entonces —razonó—. Y conseguirte un vestuario.

—No tengo mucho ahorrado —confesó, preocupada.

—Oh, vamos. Eres profesora en la academia de Noé —exclamó Sooz con dramatismo y aspavientos—. Vas a nadar en dinero.

Eso no pareció convencerla, pero tampoco podía vivir desnuda. Finalmente, se volvió hacia Ash.

—Gracias por la su... ¡Vaya! —exclamó con los ojos clavados en su camiseta—. Menuda sorpresa tenías ahí escondida.

—¿Qué? —preguntó, mirándose a su vez, un tanto desconcertada—. ¿De qué estás hablando?

Ambas chicas le miraron el escote dejando claro a qué se referían.

—Tienes suerte —le aseguró Sooz—. A mí dejaron de crecerme al día siguiente de que empezaran a hacerlo.

Driamma rio y le puso una mano en el hombro a Ash.

—Úsalas con sabiduría —bromeó con tono ceremonioso.

—¿Usarlas?

Sooz se cruzó de brazos e intercambió una mirada con Driamma.

—Ya se dará cuenta.

× SECBRA ×

Cruzaron el campo de vuelta hasta llegar al jardín. Se sentía un tanto decepcionada. Le hubiera gustado atravesar aquel espeso bosque y proseguir más allá, ver otros animales y otros paisajes. Según su padre, el arca estaba

dividida en zonas geográficas que reproducían una miniatura de los distintos ecosistemas de la Tierra. Había selvas tropicales, tundras, taigas, y la pradera que acababan de ver. Pero lo que más deseaba mirar era la sabana africana. Disfrutaba como nadie de los documentales de animales. Para Kara y ella, verlos era una tradición, una manera de estar un poco más cerca de la Tierra y de la naturaleza, cuando en realidad estaban tan lejos.

Le explicó a Driamma cómo barreras invisibles mantenían la temperatura de cada zona del arca y no permitían que los animales se alejaran de su área.

—¿Cómo sabes tanto de esto? —le preguntó Sooz.

—Mi padre es biólogo y ha participado en la creación de Noé. Así que he escuchado todos los detalles millones de veces.

—¿De dónde son tus padres?

Se tensó al oír la pregunta. Sobre todo, porque acababan de cruzarse a un grupo de alumnos que podían escuchar su conversación. Su familia era inglesa. El origen de su madre era pakistaní, aunque nacida y criada en Inglaterra. Tanto Ash como Kara no habían heredado el color de piel de su madre, sino que su irritante genética había escogido la piel lechosa de su padre.

De su hermosa madre solo poseía unos enormes ojos rodeados de densas pestañas y ligeramente alargados. Era lo único que a Ash le gustaba de sí misma. La mezcla de colores, entre los azules de su padre y los mil tonos de su madre, le había dado un color violeta poco común que todo el mundo admiraba. También había heredado de su madre las ondulaciones rebeldes de su cabello, en lugar del lacio y manejable pelo anglosajón de su padre. Ash no podía creer que un genetista profesional hubiera seleccionado los mejores genes de sus progenitores al hacerla. Más bien le daba la impresión de que habían hecho lo opuesto. El padre de Ash era completamente inglés, incluso en apariencia. De él había heredado el color rojizo de su pelo, la palidez de su piel y sus pecas.

—¿Ash? —la llamó Sooz al ver que no contestaba—. ¿De dónde son tus padres?

—Son ingleses —soltó al fin, observando el rostro de la muchacha, esperando que cambiara, preso del prejuicio. Para su sorpresa, Sooz esgrimió una amplia sonrisa.

—Mis padres también son europeos —aseguró—. De Hungría, aunque se mudaron a Canadá antes de que yo naciera.

Respiró aliviada. A pesar de la respetabilidad de sus padres, había presenciado muchas veces comportamientos racistas hacia su procedencia. Y no era un secreto que habían tenido que luchar el doble para llegar adonde estaban debido

a sus orígenes. Muchas puertas se les habían cerrado única y exclusivamente por esa razón.

—¿No hay muchos europeos por aquí? —preguntó Driamma al ver la escena de hermandad entre las chicas.

—Claro que no —respondió Sooz—. ¿Cuántos crees que podrían costearse una plaza en Noé?

—Semyon Lozis, el director de la academia, es ruso, ¿verdad?

—Lituano —corrigió Sooz—. Somos pocos, pero bien ubicados. Mi padre es el ministro de Medioambiente.

—Eso explica por qué conservas a tu gato —dijo Ash.

A los habitantes de Noé no se les había permitido llevar a sus mascotas tras la evacuación. Conocía a Tibor Benedek, el padre de Sooz. Lo había visto en infinidad de ocasiones en Pentace, adonde acudía a menudo por asuntos de Estado.

× SECBRA ×

Cuando llegaron a la entrada de la academia, aguardaron varios minutos a la espera de la siguiente cápsula. La puerta se abrió y salieron dos chicos.

Ash se tensó de inmediato. Uno de ellos era el novio de Sooz, y al otro jamás lo había visto antes. Tenía la piel muy bronceada y un cabello negro y espeso. Su rostro era muy agradable, con labios que le llamaron la atención enseguida. Sus ojos eran la única muestra de su ascendencia asiática, aunque eran mucho más grandes que los tradicionales ojos orientales. Claramente, era mestizo.

Apartó la mirada al ser descubierta por el dueño de los rasgos que analizaba con tanto interés. Se sintió realmente violenta. La había pillado in fraganti. ¿No deduciría de ello que le gustaba? No estaba segura. Pero en las películas siempre había muchas miraditas involucradas.

—Sooz, al fin has seguido mi consejo y te has comprado amigas —canturreó su novio al verlas allí paradas.

—Mil cuatrocientos cuarenta minutos en un día, y tienes que coger la misma cápsula que yo —se lamentó ella, más para sí misma.

—¿Adónde vais? —preguntó el chico mestizo.

—Al centro comercial —le contestó Sooz, con un tono mucho más amistoso del que había usado con su propio novio.

—¿Vas a devolverlas? ¿No funcionan bien? —inquirió el rubio. Ash tuvo la extraña sensación de que clavó los ojos en ella al hacer la última pregunta—.
Deberías devolver a la pequeña
y cambiarla por pilas para la otra.

Las palabras penetraron poco a poco en su cerebro, como pequeñas descargas eléctricas que la herían por separado, pero incrementando la tortura a medida que la frase tomaba sentido en su mente. Había valorado a Driamma por encima de ella.

—Supongo que tú sigues aquí porque no darían nada por ti, ¿verdad? —le espetó Driamma con una sonrisa letal, en respuesta.

El chico rio, más complacido que ofendido.

—Definitivamente, quédate con esta —le dijo a Sooz, sin molestarse en responderle.

—Gábor, deberías mantener la boca cerrada a la vera de los raíles —le aconsejó Sooz—. A una se le ocurren ideas.

Contempló la escena delante de sí como si se tratara del acto de una obra de teatro. Sus oídos habían comenzado a zumbar de forma agónica desde que la humillación del comentario de Gábor le golpeara la cabeza con su propia sangre. Se preguntaba cómo había podido convertirse tan rápido en el hazmerreír que tanto había temido.

Se miró el tatuaje del antebrazo: «Si eres una joya extraordinaria, solo un experto puede valorarte; no esperes que cualquier ignorante sepa hacerlo».

En ese momento no logró hacerla sentir mejor, o quizá solo un poco. Si apenas la conocía, ¿cómo se atrevía a menospreciarla así?

—Soy Taly Zhu —se presentó el mestizo.

—Driamma Sandoval.

Taly se volvió hacia Ash con interés y expectación.

—Ashling Barrott.

Los ojos del muchacho se paralizaron al instante, y sus pupilas se fijaron en la nada. La estaba buscando en Facebook, cosa que no parecía haber hecho al escuchar el nombre de Driamma.

Incómoda, como si le estuviera viendo hacer algo privado y comprometedor, apartó la vista de él y, por accidente, la posó sobre Gábor. Las pupilas de este también se habían endurecido. Sin duda, en ese mismo instante estaba revisando el Facebook de Driamma, que tanto le había gustado.

Pero algo extraño ocurrió. Gábor frunció el entrecejo, aún mirando al infinito, con la atención en alguna imagen de su pantalla mental, y enseguida sus ojos regresaron al lugar presente para clavarse en ella con mirada confusa.

Ash entreabrió los labios con incredulidad al darse cuenta de que era a ella a quien estaba buscando en el ordenador de su cabeza, y ahora la observaba con

curiosidad al no haber encontrado su nombre.

No sabía si existía, de verdad, una Ashling Barrott en algún lugar del mundo. Tampoco importaba. Ninguno de ellos encontraría a la verdadera Ashling Barrott, a no ser que esta se ubicara en un radio de distancia de menos de cincuenta metros en el momento de la búsqueda. Era una de las formas que Facebook tenía de proteger la privacidad de los ciudadanos. E incluso si entrabas en el perfil de una persona, una vez que se alejaba de tu radio, a no ser que fuera tu contacto, se perdía el acceso a su información.

—Perdona, ¿has dicho Ashling Barrott? —preguntó Taly, al encontrarse con el mismo problema que Gábor.

Enrojeció ante la pregunta. ¿Ni siquiera iba a disimular?

—Ash es miembro de la Liga anti-Facebook —explicó Sooz con orgullo—. No os molestéis en buscarla.

—¿Qué? —intervino Gábor, con indignación—. ¿A su edad?

—Hay gente prodigiosa que... —Sooz se detuvo y sacudió la cabeza—. Déjalo, Gábor, no lo entenderías.

× SECBRA ×

La cápsula llegó al fin. Al tomarla, contempló disgustada cómo los dos muchachos se sentaban de cara a ella. Afortunadamente, Gábor la ignoraba como si, de repente, fuera invisible.

La nave se elevó al nivel del suelo y se detuvo en el hospital de Noé, y Ash se inclinó hacia delante para atisbar lo máximo posible. Una mujer bloqueó su vista durante los segundos que tardó en subirse a la cápsula, y la odió por ello. El cristal lateral descendió y la voz del áncora anunció que partirían de inmediato. Se inclinó un poco más, intentando ver más allá del maravilloso jardín de colores que se extendía ante ellos. Un delgado camino comenzaba en la misma puerta y cruzaba el campo hasta un edificio enorme.

En cuanto el paisaje dejó de distraerla, empezó la acuciante sensación de que alguien la estaba observando. Discretamente desplazó la vista hacia la fila de enfrente y descubrió a Taly, contemplando azorado su escote, que al inclinarse hacia delante se había potenciado de forma considerable.

El chico pestañeó al ser descubierto y, enrojeciendo un poco, miró hacia otro lugar.

Pasó su atención a Gábor, quien la había tildado de insignificante, para comprobar si también a él podía afectarlo. Pero si este había notado la generosidad de su escote, no dio muestras de ello. No pudo evitar sentir una

punzada de decepción.

El áncora apenas se había movido cuando se detuvo y retrocedió a la parada del hospital de Noé. Volvió a abrir sus puertas, y un joven se subió. Driamma y Sooz lo observaron con avidez, incluso después de que este ocupara el único asiento libre que quedaba. Ella también lo observó. Al principio, no entendió qué habían visto las chicas en él. Llevaba el pelo largo; lo que, acababa de descubrir, no era de su agrado. Por ello no se había molestado en observar su rostro, que era bastante bonito.

—¿Pak? —exclamó Gábor, mirando al recién llegado.

El chico sonrió al verle y chocaron codos, un gesto que Ash nunca había visto antes.

—Bara, no te veía desde aquel último partido que perdimos.

—Me lesioné en ese juego —explicó Gábor, torciendo la muñeca donde llevaba el brazalete, y acariciándose el pecho con la otra de forma inconsciente—, por eso perdimos.

El estómago de Ash dio un vuelco sin razón. Una sensación cálida le acarició el pecho. ¿Qué significaba aquello?

Volvió a centrar su atención en Gábor, ya que el sobresalto había aparecido mientras lo observaba, intentando discernir a qué se debía. Su cabeza le jugó una mala pasada cuando sus ojos se deslizaron sobre su camiseta en el centro del pecho, y una imagen con la palma de su mano sobre este cruzó por su mente.

Gábor rio con algún comentario de su amigo, y esa sonrisa le aceleró los latidos del corazón a Ash.

«No. Él no», le ordenó a su cuerpo.

Aquel indeseable la había maltratado desde que la viera por primera vez y, además, era el novio de su nueva amiga. Rogó porque fuera una equivocación. Pero en cuanto volvió a posar los ojos en él, algo en su sonrisa, en la forma en la que movía los brazos, en la manera en la que su pecho parecía retumbar con los latidos de su corazón, llamándola, instándola a acurrucarse allí; la sacudió por completo y de forma inequívoca.

Se lamentó mentalmente. Nunca hubiera pensado que su maldito cuerpo traidor fuera a elegir sin su consentimiento ni su aprobación. Ni jamás hubiera sospechado que fuera a elegir tan mal.

SECBRA 6

Sooz les anunció que la siguiente parada era la suya.

—¿Dónde bajáis vosotros? —preguntó con repentino interés. Claramente se debía al tal Pak.

—Seguimos hasta el Galeón —contestó Taly.

La joven echó un último vistazo a Pak, antes de apearse, y ellas la siguieron. Ash con la mayor rapidez posible para evitar ser observada por los muchachos.

—¿Qué estás haciendo ahí parada, como si te hubiera dado un vahído? —le preguntó Driamma a Sooz.

—Está buscando el perfil del tal Pak —dedujo Ash.

—Pensaba que podíais navegar con esa cosa y andar al mismo tiempo —se quejó Driamma, echando un vistazo sobre su hombro hacia la cumbre de la rampa.

—Es que no lo encuentro —estalló Sooz, irritada—. Llevo dos horas buscando entre los amigos de Gábor y no hay ningún Pak.

—Tal vez es un apodo —propuso Driamma.

—Qué rabia. ¿Por qué la gente usa apodos? Odio no encontrar el perfil de alguien.

Ash se cruzó de brazos, impaciente. Sabía que ese comentario la incluía a ella.

—Quizá lo hacen para que los desconocidos no entren en su perfil —espetó.

—No soy una desconocida. Soy una conocida de un conocido suyo.

Ante eso no pudo evitar poner los ojos en blanco.

—Suficiente razón como para tener acceso a los datos de toda su vida —continuó con sarcasmo.

—Lo encontré —exclamó la muchacha, entusiasmada, haciendo caso omiso de ella—. Rapak Gond. Veamos... ¿Dónde estudias? ¿Qué? ¿Ciencia Agrícola?

—Es una buena carrera en Noé —recalcó Ash, sin entender la decepción de su amiga.

—Pero no lo entiendo. Ha detenido la cápsula cuando esta ya había dejado el hospital, y la ha hecho regresar. Tiene que ser informático. No lo entiendo.

Ahí estaba: la razón por la que Sooz se había interesado tanto en él.

—¿No es eso lo normal? —inquirió Driamma, confusa—. Pensaba que la cápsula había vuelto porque se había dejado a un pasajero.

—No, la gente no puede mover el áncora a su antojo, a no ser que seas un informático brillante.

—O a no ser que conozcas a alguien que trabaja ahí —interrumpió Ash, con cierto tono de mofa.

Los ojos de Sooz regresaron a la realidad para observarla, y un instante después volvieron a mostrar la dureza anterior.

—Efectivamente. Su madre es controladora de cápsulas —recitó Sooz, leyendo la información en su Facebook—. Chica lista.

—¿Has visto sus fotos? —preguntó Driamma con curiosidad.

—Oh, no —se lamentó Sooz, meneando la cabeza con desaprobación—. En una de ellas está enseñando el trasero. Ese chico no tiene expectativas de encontrar un trabajo serio algún día.

—Eres una exagerada —sentenció Driamma—. Cuando comience a buscar empleo puede borrar esas fotos.

Sooz dejó de indagar en la vida privada del muchacho, habiendo perdido todo el interés y se puso en marcha.

—Ash, ¿por qué no le explicas cómo funciona en realidad el asunto?

Suspiró, aliviada por haber tenido la idea de usar la Liga anti-Facebook como coartada. Lo sabía todo acerca del grupo. Con la primera evacuación de la Tierra, la liga se trasladó a Pentace y entonces conoció a Ange, un hombre en su cincuentena que llevaba toda su vida trabajando para la institución. Hicieron migas enseguida. Le gustaba oír todas las historias que Ange le contaba sobre la vida en la Tierra y sobre la guerra. Tenía mucha experiencia, y ella se había pasado tardes enteras acompañándolo durante su trabajo. Sabía todos y cada uno de los procedimientos que seguían para controlar el mal uso del Facebook junto con las anécdotas de tantos años de servicio que él le había contado en repetidas ocasiones.

—¿Conoces a O'Doherty? —le preguntó.

Driamma negó la cabeza, con el ceño fruncido.

—En el año dos mil ciento y algo, una madre irlandesa intentaba adoctrinar a su hija adolescente sobre los peligros del alcohol. Su hija se limitó a conectar su Facebook y preguntarle a su madre si era ella quien estaba borracha y medio desnuda debajo de una mesa en la foto.

—Me suena esa historia —interrumpió Driamma—. La hija había recuperado fotos del perfil de su madre que ella había eliminado hacía años.

—Lo que ocurrió fue que el coreano Yun Bok había inventado un programa de recuperación de datos eliminados del Facebook. El programa fue declarado ilegal después de que aprobaran la *Declaración de O'Doherty*, la pionera de la actual Liga de Control del Facebook. El problema apareció porque las empresas continuaban utilizando el Yunbok de forma ilegal en sus procedimientos de selección de personal. Analizaban el perfil psicológico de los aspirantes. Qué tan a

menudo publicas frases depresivas en tu muro, con qué frecuencia bebes, cuál es tu rotación de amigos, de pareja. Cuántas veces sales, entras, viajas; cuántas veces enfermas, incluso las enfermedades de tus familiares.

Driamma sacudió la cabeza.

—¿En qué clase de civilización se está convirtiendo Noé?

—No te confundas, Driamma. Estas prácticas se hacían ya en la Tierra, y en ambos bandos.

—Pero la liga lo controla.

—La liga intenta vigilarlo, o por lo menos procura que las empresas no puedan realizar estas prácticas en sus instalaciones, pero nada puede hacerse si el Gobierno no les permite penalizarlas. Y es sabido que los Recursos Humanos de cada empresa tienen ordenadores registrados como personales y no profesionales, para poder efectuar estas búsquedas sin que la liga los registre.

Driamma sacudió la cabeza mortificada.

—Recuerdo a mi vecina en la Tierra, la cual inexplicablemente no lograba encontrar trabajo después de graduarse. Vivía con su madre alcohólica, y su padre había muerto de cirrosis producida por alcoholismo. Ahora lo entiendo.

—El Yunbok ha aumentado el porcentaje de diferenciación social —sentenció Ash.

× SECBRA ×

La visión de lo que había en la superficie dio el tema por zanjado. A ambos lados del canal por el que circulaba el áncora se extendía el más espeso de los bosques, cuyo final no parecía estar ni remotamente cercano. Ash giró sobre sí misma, intentando absorber el verde resplandor de la luz del sol que se colaba entre las hojas. Inspiró llenando sus pulmones de aquel aroma vegetal al que aún se estaba acostumbrando.

Driamma miró hacia las copas de los árboles.

—Le falta algo a este bosque.

—Los pájaros —explicó Sooz—. No hay ninguno en esta zona.

—No es lo mismo sin ellos —se lamentó Driamma—. Con este sol y sin oírlos cantar, es como si el bosque estuviera muerto. Me da escalofríos.

Ash acarició el rugoso tronco del árbol más cercano. ¿Cómo podía aquello parecerle muerto a Driamma? Sentía la vida de aquel tronco como si brotara en forma de energía. Había algo intensamente romántico en ese infinito tejido de hojas verdes que medio ocultaban del cielo a dos amantes. Algo animal y primario en el tronco del árbol, que servía de apoyo a la unión de sus cuerpos. Al igual que

aquella pareja a la que había observado cuando Gábor la sorprendió. Entendió por primera vez el *locus amoenus* sobre el que había leído tantas veces; y que, a pesar de todo el progreso humano, no había nada como el sentimiento que produce ese reencuentro con la naturaleza.

× SECBRA ×

Al otro lado del enorme arco de vegetación se encontraba el centro comercial de Noé. Estaba emplazado sobre una verdosa pradera, donde un extenso rectángulo formado por arbustos delimitaba la zona comercial. Dentro de aquel lugar, ocho torres divididas en dos líneas se elevaban por encima del nivel de suelo. Caminaron justo hacia el centro del campo, donde estaban los mostradores del bufé, con comida a un lado, y una barra donde la gente se sentaba a comer al otro.

—¿Y a esto lo llamas centro comercial? ¿Dónde están las tiendas? —inquirió Driamma, mirando a su alrededor—. Parece un campo de fútbol con *catering*.

—No seas impaciente.

Sooz se acercó al mostrador de comida, recogió una bandeja, y comenzó a examinar qué platos ofrecían. En el interior, varios cocineros uniformados con un delantal negro y un gorro del mismo color preparaban más cantidad para rellenar el bufé.

Ash observó fascinada a los cocineros, ya que nunca había estado en una cocina. La de Pentace era zona prohibida si no eras uno de los trabajadores. No había logrado colarse allí ni siquiera una vez.

—No puedo creer que estén cocinando —dijo Driamma, observando a uno de los cocineros que cortaba zanahorias—. Quiero decir, cocinando en el sentido tradicional de la palabra. Sin un *cook*.

—Es un buen espectáculo, ¿no crees? —inquirió Sooz, señalando con un movimiento de cabeza a la gente que, en la fila de enfrente, los observaba con avidez.

Un par de personas los estaban grabando. Quizá para copiarles cuando cocinaran en casa. Uno de los hombres, que no se perdía detalle del proceso, tenía unos cincuenta años. Se imaginó lo duro que debía ser para la gente, acostumbrada a utilizar el *cook* durante todas sus vidas, volver a la cocina tradicional. Con todo el tiempo, esfuerzo y desorden que eso suponía.

—Encontrarás que en Noé muchas cosas se han vuelto a hacer de la manera convencional —le explicó Sooz a Driamma—. Y una de ellas es cocinar.

—Me parece bárbaro.

—Creo que es un arte —intervino Ash—. Cocinar todos esos platos sin un *cook*. Míralos, es como pintar un cuadro.

Sooz las guio hasta la última torre de la derecha.

—Es la única con un puerto para *secbra* —les explicó mientras se abrían paso entre la multitud.

Se cruzaron con familias con niños, ancianos que se movían a otro ritmo, y grupitos de adolescentes primerizos, que parecían clones unos de otros, y se apiñaban como si su única opción de supervivencia fuera la de permanecer unidos. El lugar bullía con un caos de gente en distintas fases de su existencia.

Las torres estaban cubiertas por vegetación y rodeadas por escaleras acaracoladas que permitían el acceso a la planta superior. Sin embargo, los escalones carecían de barandilla en el sentido tradicional de la palabra, y en lugar de esta, se extendían finas y altas columnas de flora intercaladas con chorros de agua que continuaban hasta la cumbre y rodeaban el piso superior de la torre.

Un grupo de jóvenes de unos veinticinco años había alcanzado el pie de la escalera antes que ellas.

—Disculpad —los llamó Sooz, cuando se disponían a subir los primeros escalones.

El grupo se giró para mirar la voz que los había interrumpido con cierta impaciencia. Sin embargo, su expresión cambió tras segundos de observar el rostro de Sooz y, sin más, descendieron los escalones que acababan de salvar para alejarse hacia otra torre.

—Gracias —les dijo y comenzó a subir los peldaños.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Driamma, siguiéndola por las escaleras—. Esa gente se me ha quedado mirando a la frente, y luego han retrocedido como si fuera a desintegrarles con mi *secbra*.

—¿Has visto a alguien más con un equipo como ese desde que salimos de la academia?

—La verdad, no —admitió Driamma—. Tampoco ese Pak o como se llame, el colega de Gábor.

—Exacto. Han visto nuestro *secbra*. Saben que somos informáticas y, es más, saben que somos de la academia —aclaró Sooz—. No nos temen, simplemente nos respetan. Por eso nos han cedido la torre.

—Eso no está bien —protestó Ash—. Ellos han llegado antes.

—Pero esta es la única torre con puerto para *secbra* —repitió Sooz, como si eso lo justificara.

El piso superior era un círculo de un metro de diámetro y estaba rodeado también por la pared de arbusto y agua, y el efecto de la luz colándose por esta creaba un interesante halo de intimidad.

Dentro, un sofá con forma de anillo ocupaba toda la superficie de la torre, y en el interior de la rosca que formaba el sofá yacía una mesa también circular donde las chicas depositaron sus bandejas de comida.

—¿Veis ese círculo de cristal? —preguntó Sooz, señalando el centro de la mesa—. Ahí están las tiendas —continuó, divertida al ver su confusión—. Driamma, conecta tu secbra con el puerto de la mesa.

La chica la miró, desconcertada.

—Yo no... —comenzó, pero luego, pareciendo darse cuenta de algo, se volvió hacia Ash, quien se horrorizó al intuir lo que pretendía.

—Driamma, al menos inténtalo.

—No sabría ni cómo empezar... —se quejó—. ¿Pero qué...? —gritó dando un salto hacia el respaldo del sofá al verse a sí misma encima de la mesa.

Por supuesto que no se trataba de ella, sino de una señal holográfica suya a tamaño real, que giraba despacio sobre la mesa, estática, como un maniquí en un escaparate. La imagen emanaba del círculo de cristal.

—Tenías que haber visto tu cara —la señaló Sooz con el dedo índice—. Por cierto, enhorabuena. Has conseguido conectar ese secbra sorprendentemente rápido para alguien que no lo había usado nunca.

—¿Qué? —protestó, confundida—. Yo no he...

El rostro de Driamma se desdibujó en una mueca de dolor cuando Ash le pateó la espinilla por debajo de la mesa. Sin embargo, fue suficiente para hacerle cerrar la boca.

Sooz, inconsciente de lo que estaba pasando entre las chicas, se conectó al puerto también para indagar en las existencias de las tiendas. El cuerpo de la imagen holográfica de Driamma estaba distorsionado para evitar exponer su desnudez. Pero en cuanto Sooz seleccionó varias prendas, este se clarificó mostrándola con ellas.

—Creo que el pantalón te está un poco grande, ¿verdad? —observó Sooz, y cambió la talla. Los pantalones se ajustaron a la perfección sobre su figura.

Driamma se reclinó en el sofá, apoyando ambos brazos sobre el respaldo.

—Increíble, y no he tenido que moverme —exclamó con satisfacción.

—Pensaba que la máxima naturalista era justamente evitar cosas así —intervino Ash.

Tal y como había temido, Sooz se volvió hacia ella con el entrecejo fruncido.

—La energía utilizada en todo este proceso sale de tu sebrea —le espetó con seriedad—. El gobierno naturalista lo está haciendo lo mejor que puede. Es difícil pedirle a la gente que renuncie a sus comodidades, ¿sabes?, y cada vez se inventan más formas en las que el ser humano puede contribuir a la producción energética.

—Solo decía que esta actividad no me parece tan necesaria y básica —le contestó, intentando suavizar el tono—. No estoy planeando un golpe de Estado, ¿vale?

Estaba claro que Sooz, la hija de un ministro, no quería ni oír hablar de los defectos de su sistema.

× SECBRA ×

Tras veinte minutos, habían terminado sus comidas y completado un vestuario para Driamma.

—Ya puedes tirar esa cosa —celebró Sooz, señalando la sudadera de Pentace que llevaba la chica.

—Mejor devuélvemela —pidió Ash.

—¿Para qué la quieres? Me recuerda a esas bolsas de basura del siglo pasado —bromeó Sooz.

—Es el uniforme de Pentace —explicó Ash—. Es lo que he vestido desde que tengo tamaño para llevarlo.

—Si crees que tienes tamaño para llevar esa bolsa de basura es porque eres anoréxica —dijo Sooz—. Además, ya no estás en Pentace, por lo que ya no lo necesitas.

—Pero solo me he traído cuatro de esas.

—Un momento —pidió la muchacha, sacudiendo la cabeza—. ¿Me estás diciendo que todo tu vestuario se reduce a tres réplicas de ese disfraz de chimpancé con el que te conocí?

Ash exhaló un largo suspiro, reclinándose contra el sofá. Presentía que a esa discusión aún le quedaba un rato.

—No puedes llevar eso. En Noé tenemos chimpancés de verdad. ¿Qué pasa si te encuentran e intentan aparearse contigo en mitad de una clase?

—Al menos, no terminaría el año sin que alguien intentara aparearse conmigo.

—Conecta tu secbra al puerto de la mesa —sentenció Sooz, haciendo caso omiso de su réplica.

Ash suspiró, poniendo los ojos en blanco.

—Por la Creación. Terminemos con esto cuanto antes.

× SECBRA ×

Cuarenta y cinco minutos más tarde habían terminado de seleccionar un vestuario para Ash. Abandonaron la torre y se dirigieron a la salida, donde un joven sonriente las esperaba con un bastoncillo en la mano.

—Si eres tan amable de darme una muestra —pidió él, de manera robótica, casi introduciendo el bastoncillo en la boca de Ash por la fuerza. El dependiente la trató con una extraña mezcla de amabilidad y frialdad. Por un lado, sonreía exageradamente, y su voz era suave y educada; y por otro, logró hacer todo el proceso sin apenas mirarla. Al fin introdujo el bastón con la saliva de Ash en un aparato, y la miró por primera vez con aquella sonrisa mecánica.

—Son dos mil novecientos setenta y cuatro nares —dijo.

Ash pestañeó varias veces.

—¿Cómo dices?

—Dos mil novecientos setenta y cuatro nares. Por favor, deposite su dedo en el lector de huellas para autorizar el cobro —repitió él, echando un vistazo de impaciencia a la fila.

Alargó el dedo e hizo lo que le pedía.

—Tres mil nares —repitió con tono ausente, como si no fuera su cuenta—. ¿Me he gastado esa cantidad?

El dependiente la observó, temeroso de que fuera a ocasionarle problemas y detener el avance de la cola.

—Su compra le será entregada en el transcurso del día —se apresuró a decir, llamando al siguiente cliente.

Sooz tiró de su brazo para que se moviera y dejara paso a los demás.

—Y yo pensando que mi factura había sido alta —bromeó Driamma.

—Verás, me he tomado la libertad de incluir un set de maquillaje camaleónico —le aclaró Sooz—. Es el mismo que llevo yo y, créeme, no te vas a arrepentir. Se trata del maquillaje permanente de siempre, pero especial porque cambia de color dependiendo de lo que lleves puesto, sin contar con que cambia de intensidad según la hora del día. Suave por las mañanas, intenso por las noches.

—Seguro que ese es el eslogan del anuncio —se burló Driamma.

—¿Estáis seguras de que esto me va a quedar bien? —inquirió, preocupada, y volvió la cabeza hacia el cajero. Tenía bastante con toda aquella ropa moderna y femenina que Sooz le había obligado a comprar.

Sooz se apresuró a asentir con un movimiento de cabeza.

—También he incluido un champú que le va a cambiar la vida a tu cabello — agregó mientras observaba con disgusto un mechón que se había escapado de su moño—. ¿Sabes lo que son?

—Sí, son caros y sirven para lo mismo que un jabón genérico, pero malgastando el triple de recursos naturales.

—Un momento —interrumpió Driamma, interesada—. ¿Tenéis champús aquí? Sooz asintió.

—Cuestan unos 200 nares, pero existen.

—Su consumo debe ser controlado, por esa razón les ponen un precio desorbitado.

—Pero tú los usas —acusó, señalando a Sooz.

—Claro.

—Claro —la imitó Driamma, con indignación—. Tú piensas que todo el mundo vive igual que tú, ¿verdad?

Sooz pareció enojarse ante esto.

—Soy consciente de que no todo el mundo puede permitirse un champú, pero tampoco es que vayan a morir sin él. Quiero decir, yo lo uso porque puedo permitírmelo —se defendió—. ¿Quieres que pida perdón por ello?

Driamma sacudió la cabeza despacio.

—No tienes ni idea, ¿verdad? —se cruzó de brazos apretando los labios con rabia—. Hay gente que no posee nada. No tienen sol, ni cielo, ni gatos. Y tú vives aquí, con tu champú de frutas sin ser siquiera consciente de nada.

—¿En qué zona vivías? —preguntó Sooz, confusa.

—No... —Driamma pareció arrepentida de haberse dejado llevar—. Se supone que es un secreto de Estado.

—Sabes que nos lo vas a contar tarde o temprano —insistió Sooz—. Vamos, suéltalo. Soy demasiado esnob como para que te aguantes. Estás deseando sacarme de mi mundo de color de rosa.

Driamma se cruzó de brazos, intentando contener una sonrisa.

—Puede... Podría empezar por revelarte que la gente normal los llama cocodrilos, no Lacostes.

—Espero que tu español sea mejor que tu sentido del humor —rogó Sooz, más como para sí misma.

—Hubo otra evacuación después de la vuestra.

La expresión de Sooz cambió por completo.

Driamma miró a Ash antes de proseguir. Quizá porque quería su confirmación de que un grupo de agentes secretos no saltarían de los setos más cercanos para detenerla.

—Hubo una segunda evacuación que no estuvo planeada como la primera. Y los evacuados no éramos gente importante, ni rica, ni con recursos. Ganamos la plaza como mercenarios, accediendo a entrenarnos como soldados para el gobierno naturalista. Nos llevaron a Friarton, una estación espacial que, te aseguro, no tiene nada que ver con Noé.

—¿Friarton? —repitió Sooz con ojos como platos—. Nunca lo había escuchado. ¿Cómo es posible? Hay mapas de Noé por todas partes, con todos los enclaves espaciales que tenemos alrededor: Pentace, Clovet, Kaudalon, Mirthí, pero nunca vi nada sobre Friarton.

La joven estaba estupefacta. Se giró hacia Ash con la incógnita en sus labios entreabiertos.

—Yo tampoco lo había oído antes. También nuestros mapas en Pentace omiten Friarton.

Observó a la chica, preguntándose si el descubrir los secretos de su adorado Gobierno produciría un cortocircuito en su cerebro. Desde luego, su rostro estaba desencajado como si estuviera a punto del colapso.

—Para ser justa, tengo que decir que también nos pagaban —continuó Driamma con ironía—. La generosa suma de veinte nares al mes. Lo que, al venir a Noé, me he dado cuenta de que vale para pagar un trozo de pan.

—¿Todavía piensas que el gobierno naturalista es perfecto? —le preguntó Ash con dureza.

Sooz no respondió, sino que endureció sus ojos como si estuviera concentrada en manejar su sebra.

—¿Me disculpáis un momento? Podéis esperarme en la puerta del áncora.

Ash y Driamma emprendieron el camino de vuelta al bosque. Driamma se giró varias veces para observar a Sooz, hablando sola.

—Espero que no haya llamado a alguien para contarle lo que os acabo de decir.

No le contestó, puesto que era justamente eso lo que creía que estaba haciendo. De hecho, pondría la mano en el fuego a que estaba consultando a su

papá, el ministro de Medioambiente. Sooz era incapaz de aceptar un agujero en la perfección del sistema, principalmente cuando su propia familia lo constituía.

Durante el camino de vuelta, Ash y Driamma lograron hacerla hablar mediante preguntas sobre la academia y el nuevo curso que comenzaría al día siguiente. Sin embargo, cuanto más se aproximaban a la institución, más taciturna se volvía.

Se bajaron de la cápsula y, cuando ya estaban en el jardín, Sooz se paró en seco.

—Mi padre está aquí —les informó—. Vuelvo enseguida.

Entró de nuevo en el vestíbulo de la academia, dejándolas sin más.

SECBRA 7

Tibor Benedek, el ministro de Medioambiente, esperaba a su hija en el pequeño sofá de dos plazas de la entrada. Al verla llegar, se levantó y sonrió ampliamente, aunque su sonrisa comenzó a desvanecerse al notar la expresión en el rostro de la chica.

—¿Qué ocurre? —inquirió con tono grave.

Se dio cuenta, por primera vez en su vida, de que los ojos de su padre se curvaban hacia abajo y sus cejas los oscurecían. Por alguna razón, en ese momento le parecieron los ojos de un mentiroso.

A pesar de ello, forzó una sonrisa y lo abrazó.

—Has venido tan rápido —apreció.

—Claro, parecías preocupada antes —dijo él, refiriéndose a cuando lo había llamado desde el centro comercial de Noé—. ¿De qué necesitas hablar conmigo?

Sooz no quiso sentarse en el mismo sofá que había ocupado su padre. Deseaba tenerlo de frente y no perderse detalle de la expresión de su rostro cuando le preguntara por Friarton. Por esa razón se sentó en el mueble de enfrente. Una planta con rosas amarillas descansaba sobre la mesita que se interponía entre ellos. Le encantaban las rosas, pero en aquel momento le pareció que quitaban la seriedad que el asunto requería.

Benedek se sacudió el traje antes de volver a sentarse. Era un gesto habitual en él. Siempre llevaba trajes caros y no era algo en lo que Sooz se hubiera fijado antes; pero en ese momento se preguntó si ese atuendo no había sido pagado con el salario que nunca habían recibido los cadetes de Friarton.

—Me he enterado de algo —musitó—. Algo perturbador que no puedo entender..., no entiendo cómo ha podido mantenerse en secreto.

Su padre alargó la mano por encima de las rosas y se mesó los cabellos con tranquilidad.

—¿Qué ocurre? —repitió con cierta diversión. Al parecer no esperaba de ella ningún problema real.

¿Tan superficial había sido hasta el momento? ¿Tan inocente era su mundo como para que su padre no la tomara en serio? Una parte del techo de la recepción estaba acristalado, permitiendo la visión del cielo y la entrada de la luz del sol. Miró a su alrededor, el blanco inmaculado de las paredes, el bonito sofá marrón, y aquellas malditas flores. ¿Acaso su mundo no era perfecto? ¿Y su ignorancia gigantesca?

—Existe una plataforma espacial que no está en los mapas —soltó, alegrándose por la turbación que mostró su rostro—. Friarton.

Tibor se echó sobre el respaldo del sofá y apoyó un tobillo sobre la otra rodilla.

A Sooz le pareció una manera forzada de mostrarse sereno cuando no lo estaba. Una artimaña común entre los políticos, que intentaban utilizar el lenguaje corporal para engañar a la audiencia.

—Continúa —dijo al fin. Parecía no querer hacer ningún comentario antes de tener constancia de cuánto sabía ella.

—Lo sé todo —exclamó, elevando el tono—. Sobre la segunda evacuación de la Tierra.

Su padre miró a su alrededor, incómodo.

—Baja la voz, ¿quieres? —le exigió—. ¿Se puede saber quién te ha dado esa información?

Su tono ya no era apacible, y no parecía divertido en absoluto.

—Papá, ¿cómo ha podido pasar algo así? —protestó sin molestarse en contestar a su pregunta.

Su padre suspiró.

—Escucha, Sooz, las cosas no son blancas o negras, ¿vale? La persona que te ha contado eso lo ha hecho parecer un crimen, pero, en realidad, fue una obra de caridad.

—Esto no es un discurso político, papá. Soy tu hija. No utilices esa mierda eufemística conmigo.

Tibor la observó con ojos como platos.

—Exactamente, soy tu padre. Modera tu lenguaje —advirtió antes de proseguir—. Como te decía, ya no quedaban plazas en Noé para ninguno de ellos. Iban a quedarse atrás, pero en el último momento surgió la idea de utilizar

Friarton. En teoría, esa base se había creado con la función de servir de cárcel en el caso de que alguien en Noé quebrantara la ley de forma grave. En la práctica, eran quinientas plazas libres que podían ser ocupadas por gente sana y joven, aumentando nuestras posibilidades de supervivencia.

—¿Dejaron a gente atrás?

Su padre se masajeó la frente con los dedos.

—No había nada que se pudiera hacer por ellos, y en una situación tan atípica debemos ser prácticos. Por ello se organizó la competición, para poder seleccionar a los más fuertes y sanos.

—¿Competición? —gritó Sooz, horrorizada—. ¿Los hicisteis competir por su vida?

—Sooz... —comenzó con tono de rendición—. Salvamos a los que pudimos, les dimos un hogar, los alimentamos y, por supuesto, los entrenamos para luchar por la Tierra cuando llegue el momento. ¿Qué otra cosa podíamos hacer?

Sooz se levantó, incapaz de escuchar ni una sola palabra más del frío pragmatismo de su padre.

—¿Dejaron a niños atrás? ¿Ancianos?

Sin embargo, no esperó la respuesta, sino que se alejó a paso firme sin pararse siquiera cuando lo oyó llamarla.

× SECBRA ×

—Ahí está Sooz —indicó Driamma, señalando el sofá del vestíbulo—. Y ese debe de ser su padre.

Ash se giró, apoyándose en una columna que sujetaba el vano de la puerta que comunicaba la recepción con el jardín.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Driamma, acercándose a la columna. La chica la miró con cierta ansiedad—. ¿Te estás...? —comenzó, volviéndose hacia donde estaban Sooz y su padre—. ¿... escondiendo?

—No —se apresuró en decir la pelirroja—. Me apetece volver al jardín.

—Pero si acabas de decir que necesitabas ir al servicio —protestó Driamma confusa.

Ash se asomó para echar un rápido vistazo al vestíbulo.

—Se me ha pasado —aseguró, tirando de Driamma hacia el jardín.

—¿Se lo has comentado al médico? ¿O al psicólogo?

En ese momento vieron que Sooz salía a toda prisa de la recepción. Parecía tan perturbada que pasó por ellas sin siquiera verlas.

—Sooz —gritó su padre desde la puerta del vestíbulo.

Al verlo llamarla en vano, Driamma se apiadó del hombre.

—Creo que se dirige a su habitación —le aclaró.

Él se asomó al jardín, sorprendido por la intervención. Una vez que vislumbró a Driamma su expresión cambió a una mucho más animada.

—¿Eres nueva? —le preguntó sonriente mientras se acercaba a ellas.

—Así es, Ash y yo somos nuevas este año —explicó, señalando a la susodicha, que por alguna razón les daba la espalda.

El hombre se giró para poder verla, y entonces sus ojos se ensancharon con sorpresa.

—¡Vaya! —exclamó con entusiasmo—. No te había reconocido.

—¿Ministro Benedek? —interrumpió una voz a su espalda. El hombre se volvió para descubrir al interlocutor.

—Lozis.

Semyon Lozis, el director de la academia, le sacudió la mano al ministro.

—¿Querías hablar conmigo?

—Efectivamente —dijo Benedek, y volvió la cabeza para despedirse de ellas con una sonrisa—. Vayamos a tu despacho. Tengo varias cosas que preguntarte.

—Y yo varias que explicarte.

Antes de alejarse de ellas, los hombres les dedicaron una última mirada que a Driamma se le antojó extraña.

—¿Qué ha sido eso? —inquirió ceñuda—. ¿Acaso os conocéis?

Ash se encogió de hombros.

—Nos hemos cruzado un par de veces por Pentace —se limitó a decir, mostrándose un tanto incómoda.

A Driamma le pareció que la actitud de todos había sido bastante extraña en aquel breve encuentro. Empezando por el peculiar comportamiento de Ash al ver al padre de Sooz, y acabando por la extraña forma en la que los dos hombres las habían mirado justo después de declarar que tenían ciertas preguntas y explicaciones que intercambiar. Sintió cómo se le ponía la piel de gallina al pensar que fueran a discutir sobre ella.